



EL TAVAYUKO

Moisés Zurita Zafra

El Tavayuko

El Tavayuko

Moisés Zurita Zafra

Molino de Letras
Serie Malitzin

México, 2010

Primera edición en español, 2010

ISBN-978-607-7719-03-8

D.R. © Moisés Zurita Zafra

D.R. © Molino de Letras,
Miguel Negrete 336, L. 15 C. 40,
Xolache, Texcoco, Méx. C.P. 56110
Tel. (01 595) 95 5 69 77 Cel. 5519546810
Correos electrónicos:
molino_de_letras@yahoo.com.mx
zurita@correo.chapingo.mx

Impreso en México

Edición: Patricia Castillejos
Rolando Rosas Galicia
Marco Antonio Anaya Pérez

Diseño de portada: José Luis Delgado

Para Aura

*En mí hay un hombre solo.
Lleva en su espalda la abundante cosecha.
Se reconoce en el cuerpo amado. Siempre ausente.
Lo evoca como fue antes del origen.
Sobre sus cenizas reconstruye cada miembro.
Allí siente el que oye. Trozos de sed.
Tatuajes.*

Rolando Rosas Galicia

Índice

Un espíritu del bosque	11
La cumbre	25
Una pequeña ofrenda	35
Tiritan azules los astros	45
Carta de mi padre	54
Camino de la escuela	61
Los dos límites	68
La danza de las máscaras	75
El gato verde	83
De vuelta a miNezota	89
La noche es de todos	98
De tin marín, la escuela sigue	105
No quiero morirme	117
La última y nos vamos	128

Un espíritu del bosque

Cuando me avisaron que el bisa estaba enfermo y quería vernos, me dije que tenía que hacer lo posible por ir, ya que mis hermanos y Juanita, la prima de todos los amores, viven desde hace quince años en Viejayork, en tanto que yo, acostumbrado a Mi-Nezota, tenía unos días libres en la universidad; así que mandé con el Gordo un mensaje a la Bohéme, mi chamba: por causa de fuerza mayor tengo que salir de la ciudad. Y me fui por unos días.

El autobús sale de la TAPO a las diez de la noche; el tráfico por Zaragoza ha disminuido pero el calor del día se esconde tras los semáforos, una gota de sudor desciende por mi oreja izquierda, quiero dormir pero las luces me mantienen atento: el hotel, la panadería, el putero, todo sigue, o acaso, ¿apenas inicia?

Por momentos el metro azul nos acompaña, por la ventana una mujer somnolienta con el rímel corrido y casi sin maquillaje me observa sin parpadear, poco a poco se va quedando atrás, el metro se hunde y salimos a la autopista.

Luces y ese olor a mierda, a putrefacción, son lo que me acompaña al salir de casa, ahora la noche se impone, las luciérnagas en desbandada, la oscuridad llena todos los rincones.

Me despierta el frío, los pies dentro de los tenis reclaman aire, me acomodo la chamarra, quiero dormir más, siempre un poco más, otros cinco minutos.

Los mezquites, candelabros y órganos, son lo único verde del paisaje, lo demás es rojo, el sol tiñe la mañana.

Llegamos con el frío en los huesos, en la montaña los rayos del sol se regocijan, pero aquí, en la hondonada, no llegarán sino hasta las diez o más.

Camino por la calle que me lleva al mercado, mi mochila en la espalda parece más pesada que de costumbre, siempre es lo mismo, traigo cosas que no sirven para nada, pero ahí voy, son más, son como yo mismo.

Afuera del mercado se vende comida: gorditas, quesadillas, pancita, barbacoa de chivo, yiky –como un atole con carne y chile–, pozole y champurrado. Yo prefiero un atole de maíz, “blanco” le dicen, sin otro sabor más que a grano macizo, sin azúcar.

Me gusta llegar los viernes, el primer día de descanso. Un tianguis se extiende por las principales calles, donde uno puede encontrar de todo: pescado fresco, seco, ahumado; jamaica, canela en tiras largas; sal de mar, de monte; pitayas, dulces de coco, totopos, chayotes y camotes crudos y cocidos; frijol, maíz; semillas, pies, bulbos, injertos.

Mientras tomo el atole, la gente lleva sus cosas. Aquí hacen las compras de la semana o la quincena; van como hormigas, cargan bolsas, costales, morrales, canastas, tenates.

Tengo que viajar en una camioneta de redilas, que por más de dos horas me lleva de subida por un camino de terracería. Como una serpiente el camino se esconde en la montaña; parece que no llegamos, el sol cae a plomo, todos vamos en silencio, masticando el polvo, frotando los ojos, sin otro ruido que el motor con pocas ganas de subir.

Sin darme cuenta se acerca el fin del camino, termina la subida, un kilómetro de línea recta, nos deja al inicio del pueblo: la entrada, todo está como ayer, como hace un año, como hace diez.

La covacha es de madera y adobe, de dos aguas, tejamanil le dicen al techo, tablitas delgadas como triplay acomodadas cual si fueran tejas, por más de cuarenta o cincuenta años.

El bisabuelo está sentado en un tronco tomando el sol, esperando. A su lado un bordón de encino. El aire fresco hace mover las ramas de los árboles. Hacia un lado el bosque, la montaña, hacia el otro el pueblo diminuto, casi abandonado. Un altavoz reproduce a las hermanas Huerta desde un disco de acetato, se escuchan con claridad las líneas de fricción y: *Mamacita, mamacita ya no llores y acompáñame hasta el último rincón...*

El bisabuelo ha estado toda la vida solo: él, la parcela y su trabajo. Me recibe con una risa alegre, muestra sus pocos dientes. Lo abrazo, sabe que soy yo, su herencia, que más allá de la suerte, la semilla sigue, que soy como su hijo muerto, como el hijo de su hijo, como él mismo en los primeros años.

En esta tierra ha visto como se van los otros, poco a poco las casas se caen de viejas, pero asimismo se hacen otras, empiezan a surgir casas y más casas, como departamentos, campestres y otras estilizadas, como pasteles: todas vacías.

Recorremos la parcela, el maíz crece bien pero los pulgones del frijol son preocupantes; por una vereda, a lo lejos, se acerca un caballo, detrás un hombre sin sombrero, con una rama en la mano, avanza; la vereda le da vuelta a la parcela, con la mano en alto me saluda y se pierde al final del camino.

La tarde es larga, hemos conseguido una bomba y preparamos un coctel para bichitos: chile, epazote, cebollas y jabón, no sé si los mata o sólo los apendeja y se van, eso no importa.

Nos sentamos a esperar la noche enfrente de su puerta, uno al lado del otro estamos viendo los colores, el horizonte, la montaña, poco a poco se aleja la tarde.

A veces no hay mucho qué decir, sólo estamos juntos, a lo lejos el altavoz con los Alegres de Terán se pierde, los grillos están por todas partes.

Con la noche el cielo muestra todo, nunca he visto más estrellas en otro lugar; las constelaciones casi se pierden entre tanta luz.

Por la mañana el trabajo duro, acarrear agua en botes de veinte litros, mezclar, colar; con la bomba a cuestras recorrer surcos larguísimos, un sol implacable; el líquido no irrita la piel, pero el jabón es incómodo.

A media tarde me tiendo a la sombra de un ocotal, no he llegado ni a la mitad, pero estoy empapado, es más sudor que agua...

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí.

Como siempre, pienso en ella, en sus ojos, su boca, sus sueños, en que no está sola, en que sólo se ríe, en que dice: no lo sé.

Cuando llegamos al salón, cuando la vi, cuando ni me fumó, cuando hicimos equipos, cuando quería estar en el suyo y no se pudo, cuando hacíamos examen, cuando no había forma, cuando me gustaba más y más.

La vez que se hizo una fiesta, la vez que sí fui, cuando me regañaron en la Bohème, mi chamba de tres noches a la semana; cuando sí estuvo sola y bailamos juntos casi toda la noche; la única que nos besamos, la única que le dije vámonos y cuando me dijo a dónde, me quedé en silencio.

Toda me gusta, su voz, su pelo, sus caderas, sus muslos, sus senos, sus brazos, las palmas de sus manos, sus dedos...

—Está buena la milpa.

Levanté la cabeza, era el mismo de ayer, el del saludo con la mano en alto, su caballo a unos pasos, parado, inmóvil casi como dormido, a un par de metros pelaba un trozo de caña de

maíz; ¿cómo había llegado?, ¿por qué no había escuchado nada?

—Esta tierra es muy buena, sólo quiere trabajo —me dijo extendiéndome un pedazo de caña.

—Eso parece —le dije sin ganas, sentándome para verlo.

—¿Cómo está tu abuelo Adrián?

—Bien, pero no es mi abuelo, es mi bisabuelo.

—De veras, ¡cómo pasa el tiempo!; yo conocí a su padre, una de las últimas veces que lo vimos ya estaba enfermo, y tu abuelo lo llevaba al doctor en un caballo, no quería ir. Días y días con dolores, sin ganas, muriéndose, pero vino tu abuelo y lo convenció, iban por el camino, yo venía de la Rumorosa, nos encontramos.

—¿A dónde vas? José, te ves muy cansado.

—Al doctor, a ver si me saca del apuro.

—¡No te digo!, vas hasta que te estás muriendo.

—Sí, ¿verdad?, mejor te invito a mi velorio.

—¡Ah!, pue que vaya a ser cierto, pero voy a llegar un poco tarde porque tengo que ir a ver a Juan, hace mucho que está solo.

De regreso pasé a verlo, ya era tarde, estaba tendido; las ollas humeantes de café estaban listas. Era un hombre de palabra...

Por un momento nos quedamos oyendo el canto de las aves a lo lejos.

—¿De dónde vienes? —le dije.

—Del monte.

—Y ¿qué haces?

—Lo cuido.

Y empezó a contarme como es el bosque, como se estaba acabando para hacer casas y leña, pero ahora las casas son de cemento y la gente usa gas; es hermoso ver los árboles creciendo, como niños jugando, poco a poco se ha ido cubriendo lo pelón; regresan los animales, de vez en cuando se vuelven a ver los venados, abundan las ardillas, mapaches, tlacuaches, armadillos, serpientes... llegan hasta las casas; los perros y gatos se han acostumbrado, sólo los ven pasar, entran a las cocinas, los cuartos, los graneros.

Casi había oscurecido, nos levantamos y nos fuimos cada quien por su lado.

—Me llamo José —le dije.

—Y yo Martiniano —contestó.

Mi bisabuelo me esperaba en la puerta, impaciente, no es bueno que estés muy tarde en el monte, me dijo.

Fumamos en silencio, alrededor del fuego, hacía frío.

Nunca he dormido como esta noche...

La luz se mete en medio de las tablas de la casa, ya amaneció, los pájaros cantan y el aire fresco, frío, sigue entrando.

El trabajo es más pesado, estoy todo adolorido, las piernas, los muslos, la cintura, la espalda, los hombros, los brazos, las

manos... Pero con muchas ganas, la mañana invita a moverse, al trabajo.

Con la bomba a todo lo que da, cada surco es un alivio, los músculos entran en calor. El sol es implacable, a mediodía el sudor es intenso, cuando llega a los ojos, arden.

El cansancio llega, he avanzado menos que ayer.

Busco la sombra del ocotal y me tiendo...

Me parece ver a mi padre trabajando con una yunta, cultivando el terreno; sus huaraches se hunden en la tierra suelta que va dejando el arado, sus pantalones de poliéster y su camisa de manta están húmedos, su sombrero de palma le cubre del sol; viene y va por cada surco...

—A veces el trabajo es duro.

Abro los ojos, Martiniano está sentado en el mismo lugar, tiene unas pitayas rojas en la mano, las ha sacado de un morral; más allá su caballo, sacudiéndose las moscas.

—No somos lo que hacemos, sólo trabajamos, un día estamos aquí, otro allá y otro más en ningún lado.

Me levanto, estoy cansado, muy cansado, estiro el cuello, el cuerpo entero, bostezo; me froto la espalda, hasta donde alcanzan mis manos, Martiniano me da dos pitayas dulces, jugosas, exquisitas, rojas y con semillas negras; el paladar siente un saborcito agridulce, la lengua mueve las semillas, los dientes vibran cuando las mastican, cientos de semillitas como cabeza de alfiler; se tiñen de rojo los dedos, los dientes, la lengua.

—¿De dónde trajiste las pitayas? —le digo, con la boca roja.

—Del monte.

—Pero todo es el monte.

—De atrás de la loma.

—¿Y también son tuyas?

—Sí, todo es mío.

—¿Les llevas a tus hijos?

—No, todavía no tengo hijos, se las llevo a la mamá.

Reímos, la tarde es fresca.

—También conocí a tu abuela, era alta, usaba blusas bordadas con flores de muchos colores pero siempre estaba el rojo; iba y venía, tejiendo palma, haciendo petates, sopladores, tenates. Preocupada de todo, por sus hijos y sus nietos; hasta que cayó enferma. Meses de espera y trabajo, poco a poco se fue apagando; los últimos días sólo se sentaba en el corredor, ya no veía; entonces empezó a organizarlo todo: las velas, el cacao, azúcar, la media res, el pan, el maíz, el pozole, la canela, el café... hasta el más mínimo detalle. La caja la pidió de madera clara, sin barniz; una a una se juntaron las cosas, no paraba de dar órdenes, todo salió como lo había dicho, con los kilos de azúcar para el chocolate y el chile para el mole... Al año le hicieron una bóveda, fue la primera en el panteón, la tierra es la tierra pero la gente sigue a sus muertos, les habla, les cuenta cosas, las últimas novedades, les pregunta, les confiesa y les pide perdón...

—¿Por qué tardas tanto en la parcela? —me dijo el bisabuelo.

—Es que me quedé platicando con el señor Martiniano.

—¿Qué no está enfermo?

—Pues no se ve.

—Me habían dicho que estaba en cama, pero entonces, ¿ya camina?

—Al menos va con su caballo.

Una noche silenciosa, un cielo brumoso y pocos grillos; también mucho cansancio.

—Yo creo que termino mañana, bisa...

A media noche salí, los grillos y chicharras a lo lejos, lo más cercano era el silencio, las estrellas; estiré la mano, casi las toco: tibias, alegres.

Cerré los ojos, ya está amaneciendo.

Sin muchas ganas regresé a la parcela, otra vez con la bomba, a pleno sol, paso a paso fui terminando la jornada, dejé todo tirado y me acosté en la sombra, era temprano; el aire, en medio de las hojas de los árboles, cantaba.

Me acordé de Alma, la de junco y capulí, del jardín Hidalgo, de la Casa Chata, de Juárez, de Santo Domingo, de los taquitos de doña Tencha en el recreo, que ahora se llama receso: de chicharrón, de papas, de barbacoa; de su cuaderno, de la lista donde anotaba nuestro consumo, de cuando llegaba tarde y esperábamos; ahí viene con sus dos bolsas, sus morrales de todo el día, pesados; con pasitos lentos: ya llegué muchachos...

Alma espera su turno... ¿Quién es Alma?...

—Es la que no será.

Voltee la cabeza, ahí estaba Martiniano, sentado, rascándose la barbilla.

—¿Y cómo está tu abuelo?

–Bien, pero ya le dije que no es mi abuelo.

–Sí, otra generación, ¡qué bueno que esté bien!, cuando era niño por poco y no la cuenta. Un día se fue al monte con sus animales, del otro lado de Aguablanca hay una cueva, uno de los animales, el macho cabrío, entró de improviso, tu abuelo fue por él, con mucho esfuerzo lo sacó, jalando de los cuernos retorcidos, salió sin fuerza, abatido. Cuando llegó a su casa cayó enfermo, fue el Tavayuko, tomó su alma por haberle quitado al cabrío. Lo llevaron al doctor y nada, hasta que fueron a ver a don Luis. Vino, lo revisó y les dijo la gravedad del asunto: no hay nada qué hacer, pero si quieren le hacemos la lucha, porque el que entra a la casa del Tavayuko ya no es libre. Siguieron todas las indicaciones, el mismo macho cabrío fue destazado y cocinado en barbacoa, se reunieron seis botellas de mezcal, cuatro de aguardiente, se sahumaron las velas, los vasos, los platos y la mesa, se hicieron tortillas con espigas de maíz, totopos, tostadas. A lomo se llevaron todo, hasta la entrada de la cueva, ahí dispusieron el banquete, el aguardiente se tiró a los cuatro vientos, para el Tavayuko, se puso un mantel de manta bordada con colores vivos, intensos; se preparó hasta el último detalle. Todos se retiraron a gran distancia, sólo quedó don Luis, esperando, haciendo una oración para que saliera el Tavayuko. Y salió, era un hombre alto, de piel morena, camisa blanca y pantalón negro, con botas y sombrero.

–Señor, –dijo don Luis– hemos traído hasta tu casa el alimento que han sacado, lo acompañamos con tortillas calientes, con sal, con chile; tenemos para ti mezcal, aguardiente, todo para que nos escuches.

El Tavayuko se sentó, tomó una botella, le dio otra a don Luis. Estuvieron horas comiendo, tomando y fumando. El Tavayuko se había tomado las cinco botellas de mezcal y don Luis tres cuartos de una.

—Sabes que no se puede hacer nada, —dijo el Tavayuko— pero si terminas tu botella sin caer, te daré a este niño a cambio de otro, uno de sus descendientes.

—Señor, pero que no lo veamos nosotros.

—Así será.

Cuando don Luis terminó su botella el Tavayuko se fue. A cuestras lo bajaron, no podía tenerse en pie, no podía hablar, estuvo tumbado en su cama tres días. Y tu abuelo se curó.

—Oiga don Martiniano, y entonces ¿a quién se llevó el Tavayuko?

—Parece que a nadie, todavía sigue esperando, ¿quién puede saberlo?... nos vemos mañana muchacho...

—No sé si regrese a la parcela, mañana me voy a México, que esté bien.

—Que tú estés mejor.

Me dijo y se fue atrás de su caballo, se perdió en la vereda.

Mi bisabuelo me recibió molesto, pero aún más preocupado.

—¿No que has estado hablando con Martiniano?

—Sí, bisa, lo acabo de ver, se iba para su casa, con su caballo.

—Hace un mes que Martiniano no sale de su casa, su hija vino a media tarde; pensé que se había mejorado, pero dice que sigue igual.

—Pero si yo acabo de hablar con él, bisa, me *cai*, en serio.

—Pues vamos a verlo.

Estaba oscureciendo, nos llevamos una lámpara de mano, todo era silencio, a lo lejos los perros aullaban.

Cuando llegamos, la noche era más negra, habría tormenta.

Ahí estaba, era el mismo Martiniano, pero viejo, acabado, casi sin poder moverse.

Me saqué de onda re'gacho, un sudor frío recorrió mi espalda, empecé a temblar, poco a poquito; aquí hay algo raro, me dije, me sequé el sudor de las manos con el pantalón.

—¿Todavía puedes caminar? —le dijo a mi bisabuelo.

—Un poco, pero ya no veo con este ojo, y el frío me mata.

—Eso es lo que quiero, morirme de una vez.

—Sí, la vida es triste, pero ni modo, estamos hasta que sea la voluntad de Dios.

—Y qué se te ofrece, todavía es buena hora.

—La noche sigue, pero venimos porque mi nieto dice que habló contigo todos estos días en la parcela.

—A ver, muchacho, arrímate... Párate junto a la luz... Sí, se parece mucho a ti... Los mismos ojos, la misma boca, la misma nariz... Pero ya tengo un mes sin salir de la cama.

—Pero él dice que habló contigo.

—¿Y de qué hablamos, muchacho?

—De la milpa, del bosque, de mi bisabuelo, de su padre, de su madre...

—No pus está muy raro, ¿no será?... ¿él?...

—No creo —dijo mi bisa—, casi no viene al pueblo.

—Pues yo creo que sí.

—¿Quién? —pregunté preocupado.

—El Tavayuko —dijo don Martiniano—, por si sí o por si no, no te apartes de él, no lo dejes solo; vamos a poner agua en el cántaro, voy a llamarlo en la noche y hay que buscar a don Luis.

—¿Qué no murió el año pasado?

—Eso dicen, pero de todos modos hay que encontrarlo.

Regresamos en silencio, a lo lejos los truenos, la tormenta llegaba, venía al pueblo. Sentía como mis piernas se iban quedando sin fuerza, temblaba, el sudor caía por mi nariz, mi barbi-lla; veía para todos lados, buscando.

Mi bisa prendió un cigarro, me lo dio, hay que esperar con calma. En la casa me dio un trago de aguardiente, poco a poco me fui calmando.

No pude dormir, llovió toda la noche, mi bisa había alimentado el fuego.

No preguntó más nada, a la mañana siguiente me dijo que arreglara mis cosas, que sólo si me sentía mal, regresara, a ver qué podíamos hacer. La mañana era hermosa, con olor a tierra mojada, todos alegres, había agua.

La camioneta estaba limpia, bajamos sin polvo; todo era verde. Compré una botella de mezcal y esperé la salida del autobús. No quería hacerme preguntas, no quería saber nada,

estaba cansado, muy cansado; el día se fue lentamente, larguísimo.

A las diez de la noche estaba listo, todos los pasajeros acomodaban sus cosas; fui el último en subir, nervioso, sudando, con escalofrío en la espalda. Cerré los ojos.

—Nos vamos a casa, muchacho —dijo una voz a mi lado.

Apreté los dientes, no abrí los ojos, estaba temblando...

La cumbre

El agua corre a mi derecha, se oye como golpea las piedras, es un recodo del río, el agua pasa con fuerza; se escuchan a lo lejos las chicharras y un cu cuo, cu cuo; el aire es fresco, abro poco a poco los ojos, la luz me lastima, no los quiero abrir.

El río canta, siento que me rodea, como si estuviera en un islote, lo escucho a mi derecha, luego donde estoy recostado sobre mi cabeza y después se pierde a la izquierda.

El pasto humedecido es suave, sus hojas son gruesas, las siento en las palmas de las manos y en la cara, así como estoy, con la oreja izquierda hacia el pasto.

No quiero abrir los ojos, es como esos días en que iba a la *secun*, temprano, a oscuras mi madre me despertaba: ándale que los minutos se van volando.

Pero mis ojos no se abrían, la escuchaba con claridad, lo primero que despierta en mí son los oídos, percibía sus pasos fuertes ir y venir, después su voz: eres un flojo, por qué no aprendes a tu hermano.

Ya amaneció, la luz es intensa, por eso no puedo abrir los ojos, seguro los rayos del sol acarician el pasto cerca.

Otra reprimenda de mi madre, no quiero levantarme, sí me gusta ir a la escuela pero prefiero dormir... ahora debo estar soñando, cuando abra los ojos me levantaré, al dar unos pasos estaré otra vez en casa, pero si no, crecerán mis pies, daré pasos gigantes, recorreré el mundo tres veces y regresaré a dormir o tal vez prefiera volar, sí, es lo mejor, como si estuviera en el agua moveré suavemente las manos, y al aire, poco a poquito, desprenderme del suelo; así nomás como en un globo, deslizándome en el viento.

El aire es fresco, me levanto con calma, me siento en el pasto, el agua sigue corriendo; aquí estoy en medio del bosque, mis ojos alcanzan a ver un ciervo tímido que se aleja veloz por la derecha.

¿Qué lugar es éste?: sólo bosque, un río y el aire.

Cuando camines mucho no llesves cosas en las manos, eso me había dicho el bisabuelo, pero no, a mí me valía todo, allá íbamos los cuatro, caminando, llevaba mi mochila de alpinista en la espalda, pero de última hora habíamos comprado carbón, dos kilos; si no pesan nada me dije, yo me los llevo, la otra mano tenía una lámpara de petróleo de las que usaban los mineros, de aluminio, su tanque no tenía más que un litro; con los primeros pasos iba fresco y feliz.

Siempre había querido subir a la *Mujer dormida*, la veía desde los primeros días en que regresaba de la escuela, por la tarde, a las seis y media, es la imagen más hermosa de mi niñez, el sol se ponía y le daba tonos rojizos, naranja; me quedaba en el camino esperando a que se quedara sin luz, llegaba tarde a casa: dónde andas chamaco atarantado, eran las palabras de mi madre.

Llegamos a San Rafael a las seis, los hielos del volcán se veían cerca, en unas tres horas llegamos, me dije, y empezamos a caminar, era una de esas tardes de agosto en que una llovizna se aparecía sin decir agua va.

Al paso llegó la oscuridad, casi total, íbamos por un camino de lodo, a los lados los árboles se levantaban hasta cubrirlo todo, más allá en las alturas las nubes del chipi chipi.

La lámpara de petróleo tiene una palanca para levantar el cristal y prender la mecha, una perilla para regular la intensidad de la luz y un asa que permite llevarla colgando, es superior a las

linternas de dos pilas tamaño D; lo ilumina todo, no sólo donde se ponen tus pies.

Di unos pasos alrededor, para cruzar el río había que quitarse los zapatos, no sabía a dónde ir, lo mejor era dar un vistazo, subir un poco; el bosque tiene un olor a verde, pinos y árboles de hojas anchas por doquier, aquí no hay camino, parece que nadie ha estado nunca en este sitio, hay que buscar una salida. Del otro lado del río se ve la montaña más alta, más escarpada, creo que tengo que buscar de este lado; camino un poco más rodeando la pendiente, poco a poco se ve por dónde baja el río. Ni se te ocurra seguirlo, es un río antiguo, ahora ves la orilla, pero más adelante ha perforado la roca, no se puede caminar a su lado, no hay paso.

Tengo que moverme rápido, ahora tengo más preocupación que hambre, pero en un par de horas será mayor el hambre; hay que tomar agua del río, no hay más, quién sabe cuánto haya que caminar.

Regreso los pasos, enjuago mis manos y la cara, el agua está fría, me froto un poco el pelo, con las manos llevo agua a mi boca, es fresca, no he terminado el primer trago cuando descubro un coyote muerto, a unos pasos, del otro lado, sólo es una parte del animal con la panza hacia arriba, las aguas lo han ido deshaciendo, se ven sus colmillos, ya no tiene ojos, los huesos de sus costillas se ven limpios, blancos, brillantes.

Escupo el agua que tengo en la boca; me froto la cara, me levanto, veo la subida, y regreso a tomar agua, el pinche coyote muerto está río abajo me digo y bebo compulsivamente, después de todo no llegarás muy lejos sin agua.

Los cuatro vamos subiendo el camino de la *Mujer dormida*, aunque *Izta* es blanco, quién sabe quien le puso *Mujer dormida*, voy en segundo lugar cargando el carbón y la lámpara, la no-

che es fresca, alguien canta, algo de la sierra morena, es cielito lindo, otro más lo sigue, me dan ganas de cantar pero guardo silencio.

Por este camino pasan autos, se ven sus huellas, la mano que antes llevaba dos kilos de carbón ahora lleva cuatro, minuto a minuto es más pesada y la lámpara también, alguien dice: te ayudo con el carbón. Contesto: no, un poco más adelante, cuando sean ocho kilos.

El sudor empieza a caer de la frente, primero son unas gotas, después la humedad inunda mi cara, poco a poco se mete en mis ojos, me arden, mis manos pesadas no pueden limpiarlos.

Alguien habla del albergue, pregunta, es media noche, quizá la una de la mañana, traigo en una mano doce kilos de carbón y en la otra nueve litros de petróleo, soy el último, los tres van más allá, casi se pierden.

Uno no puede lanzar una botella con un mensaje de ayuda al bosque, bueno, algo parecido; tienes que tomar camino y llegar a alguna parte, pero no hay camino, al menos no se ven, empiezo a subir por una ladera, lo primero que se debe hacer es buscar un lugar alto, para ver más lejos, alguna columna de humo puede ser la salvación, camino con dificultad, el terreno es pedregoso, muy a lo lejos los pájaros cantan, pero no se ven por ningún lado; poco a poco el sudor, finísimas gotas se acumulan en la cara, como rocío, en medio del calor algo fresco, empieza justo aquí, alrededor de la boca, por donde brota un tímido bigote. No se ve la cima, pero es por aquí, si no, ¿por dónde?

Ya no veo a los tres, ni sus luces. Pongo los quince kilos de carbón en mi mochila, voy turnando la lámpara en unos brazos deshechos que no quieren recibirla; las piernas, los pies, empiezan a protestar, se niegan a dar un paso, los obligo pero ellos han

cobrero vida, por un momento me quedo así, inmóvil, pero con un tirón avanza: debo descansar, me digo, y estoy a punto de tenderme cuando me veo recostado, sin las botas, con la cabeza reclinada en la mochila, en el refugio, a media luz, tomando un té de azahar caliente. Le hace falta dulce, ¿qué prefieres?, ¿azúcar o miel?, me acuerdo que tengo miel en un pomito, en la bolsita de la derecha, lo saco, estoy a punto de ponerle a mi té cuando me doy cuenta que sigo ahí, caminando, con las ganas que no me levantan; pero sí saco la miel, necesito algo, doy un trago, el dulce cubre toda la boca, el paladar, la disfruto antes de tragarla, y sigo adelante. Desde aquí, desde esta hora, cuando estoy agotado pienso en el descanso, cómo me sentaré a quitarme los zapatos, tomaré algo dulce, y lo disfruto, lo hago lentamente; tienes que llegar, el descanso te espera y sigo; más adelante, en un claro, los tres están sentados esperándome.

—¿No viste al señor?

—¿Cuál?, no vi a nadie.

—Un señor alto, tenía un sombrero.

—Preguntó por ti.

—Ay, no mamen.

—Me cai que sí.

—Dijo claramente tu nombre.

—Sip, en verdad, dijo: ¿Y José?, ¿qué no venía con ustedes?

—Le dije que sí, pero cuando volteé a buscarte no estabas.

—Él siguió camino abajo, —le diré que se apure— dijo y se fue.

—¿A poco no lo viste?

—No vi nada y dejen de chingar, estoy muy cansado.

Se quedaron en silencio un buen rato. Hay que seguir, ya está cerca el refugio.

Sigo subiendo, el sudor ha empapado mi camisa, baja desde la frente, siento como las gotas escurren, caen por mi cuello y resbalan por el pecho; otra más baja de la nuca, recorre la espalda y se mete en medio de las nalgas, la ropa empieza a rozarme, primero se pega y después lastima, justo ahí, en la entrepierna; ya es mediodía, el sol está a plomo, lo sé por mi sombra, he caminado todo el tiempo hacia el oriente, sigo mi curso; nunca me equivoco, bueno una vez, pero fue sólo una, habíamos llegado a las tres de la mañana a Ixtepec, en el viaje de la escuela. Llegamos a acostarnos, siempre que bajo de un carro me digo: el norte está por acá, pero al otro día no era cierto. Te imaginas que el sol salga por el norte, no mames, te sacas de onda regacho; me costó un güevo acomodar mis coordenadas, porque en el fondo uno se resiste, ¿cómo me pude equivocar?: si la realidad está mal, peor para ella.

A lo lejos se ve el fin de la pendiente, he subido por más de cuatro horas, tengo hambre, y sed, mucha sed, pero el río ha quedado muy lejos.

Sólo está mi hambre, el silencio y el bosque.

Seguimos los cuatro, voy al final, ya sin lámpara en la mano; con el espíritu cansado, esperando llegar al refugio; ya me lo imaginaba, con una chimenea en la sala amplia, una cocina de *lux*, con víveres; recámaras grandes con literas, ventanas para ver el amanecer sin frío; un baño grande con agua caliente para darse un buen regaderazo o una tina, sí, una tina con agua caliente y aromática.

Daban ganas de llegar, más si ya estás a unos pasos, caminamos junto a un estanque grande, como de cincuenta por treinta metros.

—Está como a diez minutos —dijo Juan.

Pero todos le dijimos:

—No mames, vienes diciendo eso desde hace tres horas.

—Pues como quieran, pero ya estamos cerca.

Seguimos caminado y nada. Media hora más y nada. Ya nadie pregunta, nadie dice algo, nadie se queja.

Llegamos en silencio al refugio, me sentí más cansado: no tenía ventanas; se veía como una cripta, tenía algunos cuartos, sin puerta; el frío ya estaba dentro, esperándonos.

No me dieron ganas de preparar mi té, me recosté sobre mi mochila y cerré los ojos.

Me gusta más el mar, pensaba, dejarme acariciar por las olas, el calorcito, con una *Victoria* bien fría, más fría que este aire que respiro. De pronto llegó... de la oscuridad... de la nada...

—¿Traen equipo?

Nos quedamos mudos, anonadados; viéndolo con su uniforme como de paracaidista, no, era de alpinista, de nylon, ahí parado en medio de la noche.

—No tenemos nada.

—¿Y van a subir al volcán?

—Sólo hasta tocar nieve.

—Pero ¿sin equipo?

—Bueno, no somos profesionales.

—Es que necesito un equipo para un rescate, dejé a un compañero colgado de un risco.

El frío se apoderó de todos.

—¿Tienen una linterna?, necesito bajar por ayuda.

—Pues sólo ésa, la de petróleo.

—No me sirve, —dijo, y se fue como había llegado.

—¡No mames!, ¿crees eso?

—A lo mejor sí, cabrón.

—¿Por eso no le diste tu linterna?

—Nel, es que es de mi jefe.

Me quedé dormido sin quitarme las botas, pero el frío calaba más allá, me había echado una cobija de la mochila, la jornada había terminado.

A lo lejos se oye un arroyo, el agua que golpea las piedras, me voy hacia la derecha, ¿has caminado alguna vez así, en medio del bosque, con los arbustos? No, de ninguna manera, no sabes qué te espera enfrente, vas caminando y ya, moviendo las ramas de los arbustos, cuidándote la cara.

De pronto ahí estaban, como unas terrazas de piedra blanca, con agua, se veía muy raro, como estanques, como si alguien los hubiera ido a hacer, casi perfectos, rectángulos de piedra en medio del arroyo.

Me acerqué a tomar agua, era blanca también, la sed me estaba matando, la tomé sin miramientos, así en las manos era blanca, blanca.

Me eché agua en la cara, el pelo, el cuerpo y me tendí un momento. El sol estaba bajando, cerré los ojos, esperaba despertar.

—¡Levántense, cabrones!

Era Juan, ya tenía listo el café, a lo lejos se oían los cantos de los pájaros; y a tres metros la neblina; reanimados, iniciamos el último tramo, cinco horas más y llegamos; poco a poco se levantó la neblina y nos permitió contemplar el paisaje, era hermoso.

Dos horas más y se terminó el bosque, así nomás, de repente ya no había árboles, sólo pasto, entonces podíamos ver hasta el infinito, la nieve casi se podía tocar, seguimos caminando, ya era medio día y de pronto se acabó el pasto, el último tenía hojas largas, durísimas, como agujas; después nada: la roca, algunos bloques grandes, pero en general pulverizada, como grava, más allá como arena; subíamos tres pasos y bajábamos dos.

El cielo empezó a cerrarse, las nubes rasantes se movían a gran velocidad, se cubrió el sol, poco a poco se fue oscureciendo, los ánimos cayeron.

—Como que ya me quiero regresar —dijo una voz.

—Yo también —dijo Juan, que iba adelante.

Nos detuvimos.

—¿Quién más se quiere regresar? —preguntó Juan.

Nadie dijo nada.

—Alguien dijo que ya se quería regresar.

—Sí, pero no fui yo.

—Ni, yo.

—A mí ni me vean.

Los cuatro nos quedamos viendo, la nieve empezó a caer, como plumas finas; oímos a lo lejos un motor, una avioneta o un helicóptero.

—No podemos subir más, nos sorprendió la nieve.

Cuando es por tu propia voluntad, bajar es agradable.

Bajamos en tres cuartos de hora lo que nos había costado subir seis.

Cuando llegamos al refugio, era otro, se había convertido en un centro de operaciones, tres equipos de alpinistas habían subido en orugas, dos helicópteros subían y bajan.

Un día antes se habían perdido cuatro excursionistas, un primer equipo de rescate fue a buscarlos, habían caído en una barranca, uno estaba colgado de una cuerda de seguridad: murió congelado.

Poco a poco empezaron a llegar los cuerpos: cinco.

Regresamos a la ciudad, con la promesa de volver, ahora sí con equipo; jamás lo hicimos; al otro día la portada de la prensa decía: ¡muerte en el volcán!

Abrí los ojos, tal vez había dormitado cinco minutos, me sentía repuesto, con nuevas energías; me levanté, se veía el cerro que estaba escalando, un poco más arriba una cueva, algunas piedras en forma de cruz adornaban la entrada, a la derecha se apreciaba un camino, el sol estaba bajando, ya no tenía ese calor sofocante, era tibio.

Me eché más agua en la cara y empecé a subir, iba en línea recta, sólo un desesperado hace eso, se llega a la cima en zig zag, no en línea recta, pero ahí estaba la salida, todos los caminos llevan a alguna parte, o ¿no?

Efectivamente era un camino, a la izquierda se perdía en el monte, a la derecha iba a la cueva. Me fui a la izquierda, poco a poco me di cuenta que estaba casi en la cima, el camino rodeaba el cerro, pude ver detrás, a los lejos se veían columnas de humo,

pero muy lejos, podría tardar un día entero antes de llegar a ellas. Eso si había camino, si no, más.

Puedo bajar e ir en línea recta o seguir el camino, en el bosque la línea recta no es la distancia más corta entre dos puntos, seguí el camino, rodeaba el pico del monte así que regresé a ver la puesta de sol, me detuve unos pasos antes de la cueva, no me quería acercar; el sol se estaba metiendo, el camino bajaba a un costado de la cueva, a unos pasos de donde llegué; si me tengo que ir hay que hacerlo de una vez.

Estaba decidido, iniciaría el descenso por el otro lado, donde se veían las columnas de humo, y caminaría hasta que ya no pudiera más.

Me puse en marcha, pero al pasar por la cueva, pude ver que tenía luz, me detuve de súbito, di un paso hacia dentro, había muchas velas y veladoras por todos lados, estaba completamente iluminada, había ollitas, platos, petates, tenates, tortillas y comida.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté con voz entrecortada.

—Llegas tarde, la comida ya se enfrió, —dijo una voz alegre.

Me quedé paralizado.

Una pequeña ofrenda

Si algo distinguía a mi madre era el amor a sus hijos y el trabajo. En sus primeros días la abuela perdió la leche, fue una situación terrible porque en el campo no siempre había para leche de vaca, su alimento fue el café endulzado con azúcar, en una tacita metían la punta de un trapo para que se empapara de café y luego se lo daban en la boca; al principio no quería, pero el hambre la hizo aceptar el trapo. Años después sus nietos se pegaban a la mamila a más no poder, pero en esos días no había de otra.

Los comentarios eran los mismos: esta niña no se va a lograr, el tiempo se vino difícil para este crío, cuando no hay de otra no se puede; pero sus ganas de vivir fueron más fuertes, junto con el café le daban tortilla masticada, como las aves a sus polluelos, el abuelo se encargó de todo esto; y fue creciendo, aunque la vida la sorprendió casi en la niñez, como a todos en el mundo.

Su voz llega fuerte, mis ojos se humedecen cuando recuerdo sus pasos y la veo venir: ¿cómo estás mijito?, ¿cómo te sientes papito?, tómate tu atole papé; pero a mis siete años con fiebre, sólo puedo abrir los oídos, la escucho, habla y habla de cosas que sólo ella conoce:

“Es cierto que las abuelas cuentan cosas de sus vidas a todos sus nietos y nietas, pero no es siempre así; mi abuela era muy callada. Dice mi madre que siempre fue de esa manera y, aunque era cariñosa y nos mimaba, a veces prefería quedarse sola con sus recuerdos. “De vez en cuando nos contaba algo, pero siempre fue... ¿cómo decirlo?, muy especial para contar sus cosas –si es que esto puede entenderse.

Será que yo era la más pequeña de mi familia, pero todos decían que era la consentida y por eso la abuela me traía para todos lados:

Angelita para allá, Angelita para acá, no hagas eso o hazlo de esta manera.

De vez en vez se ponía un poco seria, me sentaba en sus piernas y empezaba a deslizar sus manos fuertes sobre mi pelo. Mientras me recargaba, con los ojos puestos sobre la ventana, me desprendía de mí, y entre sueños recorría aventuras con brujas, duendes y monstruos gigantes.

Otras veces, las menos, la abuela —porque después me di cuenta que era la abuela de todo el mundo— empezaba diciendo: «cuando yo tenía tu edad, cuando tu mamá era así de chiquita como tú o cuando yo tenía la edad de tu mamá» y me contaba cosas como las que mi papá me contaba antes de dormir, sobre castillos y casas como castillos, guerras y personas importantes que había visto en alguna parte.

Tal vez por eso recuerdo bien cuando me contó lo del pensar, para ese tiempo ya era una niña grande, pero niña al fin.

—Esto que te voy a decir—me dijo un día— no se lo he contado a nadie, sucedió cuando tenía pocos años; entonces, mi abuela que se preocupaba por todo, como tú me tienes a mí; día con día me recomendaba ser de una forma y no de otra. ¡Piensa hija!, me decía cuando me sentaba con ella a desgranar el maíz, porque ¿sabes?, antes, nosotras mismas hacíamos las tortillas. Piensa, ya estás grande y cuando echemos de ver vas a estar casada; no seas tonta, no dejes que el tiempo te lleve.

A veces nos agarra la necedad, pensaba yo, como a mi abuela que por un tiempo estuvo diciéndome lo mismo; no tenía idea de qué era eso de pensar aunque siempre le contesté que sí.

Después, no sé cómo ni por qué —dijo mi abuela—, un día me vine a encontrar casada y después preñada y por último con niño.

Creo que siempre fui demasiado joven para entender las cosas. No recuerdo ahora si dejaba a tu tío Toño, que era niño, con mi mamá, pero por mucho tiempo me escapaba de la casa para jugar, y cuando saltábamos en el avión o la cuerda, me empapaba la blusa por la leche que se desprendía de mis senos crecidos en cada brinco. De imaginar lo que pasé me lleno de vergüenza. Mientras las otras niñas cargaban muñecas, yo pasaba a tu tío Toño y me sentía más que las otras, porque arrullaba a un niño de verdad que comía y hacía popó.

Muchos años después me di cuenta de las cosas que había hecho; y de las que no me gustaron ésta es una de las que no me quiero acordar.

Después, se quedó en silencio, moviendo los dedos de sus manos en mi cabeza. No recuerdo qué tarde me contó esto, sólo que entonces yo tampoco entendí”.

Abro los ojos y la veo, estoy recostado en la cama, he sudado toda la noche y parece que es mediodía, tengo en la cabeza la canción que me había estado cantando en la noche para que me durmiera “a la ro ro niño/ a la ro ro ya/ duérmete mi niño/ que tengo quiacer/ lavar tus pañales/ sentarme a coser”...

La veo, primero de reajo, luego me levanto un poco, está ahí, en la máquina de pedales para coser, una vieja *Liverty*, verde olivo; sus pies se mueven en el pedal y sus manos dirigen la tela frente a la aguja, mueve un poco la cabeza; es la ropa que lleva remiendo sobre remiendo.

Estoy cansado, pero hay algo aquí dentro, no sé qué es, de pronto una lágrima, dos, salen de mis ojos, me siento triste, un dolorcito dentro, muy dentro, me oprime; entonces no lo sé, pero esa tristeza estará conmigo para siempre.

Voy caminando con mi madre a un lado del arroyo, es mediodía, ella lleva cargando una caja de cartón y un morral, sigo sus pasos mientras oigo el agua golpear las piedras, me quejo de la distancia, quiero que me cargue, voltea a verme, sonrío, toma una rama de cazaguate, la limpia, me la entrega:

—A ver si te gusta el caballo.

Mi caballo se llama *ayos-ilver* —le digo y con otra varita pego hacia atrás y corro.

Mientras vamos junto al arroyo el calor no es tan intenso, de vez en cuando las aves pasan rasando, se detienen, toman agua y se levantan; de pronto veo que algo se mueve en el agua, me detengo y observo, mi madre sigue caminando, pero yo me he acercado a ver, en la orilla descubro una tortuga verde, su caparazón es duro y tiene lodo, con mi palito la toco, la tortuga se hunde y espero que salga.

—José, José, ¡apúrate hijo!

Veo a mi madre muy lejos, ha bajado sus cosas y me grita ahuecando las manos.

Subimos una pendiente, el sol está alto, mi madre suda con su caja y su morral, mi caballo no quiere subir pero le doy con la vara, vamos en silencio, paso a paso.

La abuela no nos espera, ha hecho sus tortillas y puesto los frijoles, les dio de comer a las gallinas, los guajolotes y al puerco, está en la puerta de su casa, viendo cómo cosechan, a punto de hacer la comida, matará una gallina, lo menos en un día como hoy.

Se dirige a las gallinas que se espantan, libres como andan se dan a la fuga; la abuela persigue a una negra con manchas blancas, pero todas cacarean y saltan, los perros se unen a la persecu-

ción, en medio del alboroto la abuela se levanta, lleva en sus manos una gallina que aletea: su pescuezo está roto. Con un pedazo de palma cuelga a la gallina de las patas, se mueve lentamente hasta quedarse quieta.

Ha sacado una cubeta con agua caliente, hirviendo, mete a la gallina por unos segundos, la saca y empieza a desplumarla, el vapor se levanta, los perros están atentos, algo les tocará, las otras gallinas se han ido detrás de la casa.

Llegamos a una pequeña planicie: Buenavista. A nuestro alrededor se ve todo, campos de cultivo, el arroyo, algunas casas blancas con sus techos rojos de teja; pero el aire llega intenso, sudamos, mi madre baja sus cosas, se sienta un rato a la sombra de un nebro, me acerco y me recuesto, cierro los ojos y me acaricia el pelo, sopla en mi cabeza.

—¿Qué estarán haciendo tus hermanos? —se pregunta.

—No sé —digo, abro los ojos y veo los suyos tristes.

Se han quedado porque van a la escuela, y yo que nací en septiembre, fui rechazado porque no había cumplido los seis antes del primero; fue una semana terrible, la maestra había dicho que no tenía la edad, pero ante el ruego de mi madre accedió: está muy chico, pero si se adapta, lo dejamos; hacía todo con ganas, pero no me salía bien, si tenía hambre empezaba a comer cualquier cosa, lo que tuviera enfrente.

No, señora, su hijo es muy distraído —dijo la maestra— déjelo que crezca otro poco, por qué tanta prisa.

Salí llorando, así que todo el camino, con mi camisa blanca y mi mochila, en esas iba cuando saqué mi torta y me la empecé a comer, así, con sollozos, saladita; mi madre me acariciaba la cabeza, como ahora.

Cuando llegamos la abuela había terminado la comida: mole de gallina; me dieron agua de un cántaro de barro, deliciosa, fresca conserva ese sabor a barro; me dieron de comer frijoles y una pata, la abuela tenía todo listo.

Mientras comía, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y podía ver más; las paredes de la casa eran de barro, tenía unas ramas prensadas, pero le habían puesto barro, en algunos lugares se estaba cayendo; el techo era de teja, por las rendijas se metían los rayos del sol, que con el humo de su fogón se veían como barrotes que bajaban del techo.

Al centro la mesa con tres silletas, así les decía mi abuela, dos de madera y una de palma. En el rincón un catre, las cobijas revueltas y los petates se veían viejos, contra la pared un pequeño altar con el Santo Niño de Atocha y un Divino Maestro, las veladoras sacaban un finísimo hilo de humo.

Tenía la pata en las manos y la mordía cuando entró una gallina, luego otra, eran diez o más, los perros ya estaban echados viéndome, eran como ocho; la abuela acomodaba en sus tenates ollas, platos y tortillas; vámonos, dijo y le dio un tenate a mi madre; salí con la pata en las manos, mordiendo, los perros me siguieron; mientras sacaron a las gallinas y dos guajolotes; amarraron la puerta de tablas con un lazo ennegrecido y nos fuimos, los perros que me habían ladrado cuando llegamos ahora movían la cola y no apartaban sus ojos de mí.

Voy caminando con la pata en la boca cuando piso la mierda de una gallina, la siento pegajosa bajo mi pie, quiero decirle a mi madre que va delante con la abuela, pero no digo nada, camino.

El abuelo está a un costado de la parcela, bajo un chirimoyo, a sus pies un montón enorme de mazorcas, amarillas y blancas.

—Hija, ¿cómo estás?

Mi madre se acerca y lo abraza, yo me quedo atrás de ella y la veo, llora... y es su llanto tan extraño, tan de adentro, que mis ojos se humedecen.

—¿Cómo estás?, Che —dice el abuelo, me abraza— con estas manos vamos a terminar así, —mueve sus dedos.

Los peones llegan con sus tenates o costales y los vacían en el montón, es media tarde, ya están terminando. Los últimos llegan con medios costales, se sientan, alguno se echa aire con su sombrero; dos señoras agitan su rebozo.

Mi madre empieza a servir la comida, un plato hondo recibe el mole y la carne de gallina, al centro un tenate con tortillas, son grandes, hechas a mano, tres veces más grandes que las que venden en la tortillería; cada uno recibe un refresco, una coca; empiezan a comer, el silencio llega, se instala a sus anchas; yo que he terminado mi pata, me tiendo sobre las mazorcas, el abuelo me ve y ríe, lo veo feliz, también soy de su cosecha.

Mi abuela que no ha comido saca de su tenate un garrafón rojo, de plástico, no es muy grande, se levanta y camina hacia la parcela, voy tras ella sin que se dé cuenta, volteo a ver a mi madre que come con el abuelo, ambos me ven, sonríen.

La abuela va caminado y la sigo, los perros se han quedado junto a los demás, esperando un bocado; hay muchas cañuelas tiradas, pero entre los surcos se puede caminar bien. La sigo, no ha vuelto la cara para verme, pero me habla:

—Cuida que las hojas no te peguen la cara, porque te va a dar comezón.

—No —le digo y sigo caminando.

Llegamos al centro de la parcela o eso parece y empieza a tirar las cañuelas con un machete que no he visto dónde lo traía,

camina en círculos, hace un espacio amplio, redondo, el aire empieza correr, se mueven las hojas y suena al pasar junto a nosotros.

La abuela se cubre la cabeza y se hincan en el centro del círculo, reza en silencio y después en voz alta da las gracias:

—Hoy tomamos la mazorca, el maíz que nos llevará todos los meses, el frijol que acompañará las tortillas, no es nuestro, sólo lo tomamos prestado.

Destapa el garrafón, un fino olor sale de él: es mezcal; tira un chorrito, ahí, en el centro, cierra los ojos, dice otras palabras, el aire es más fuerte y volteo, alguien ha llegado tras de mí... oí sus pasos... pero no hay nadie... un estremecimiento se apodera de mi cuerpo, tiemblo y corro junto a la abuela que sigue hincada, pone una mano sobre mi cabeza y continúa rezando; el aire sigue intenso, fresco, me levanto un poco para ver... nada.

La abuela abre los ojos, me ve, sonríe, toma un trago de mezcal, me levanta la camisa y lo sopla en mi espalda, el frío me estremece, es como hielo, en medio del calor... otro trago y me levanta la camisa de frente, descubre mi pecho y sopla, un escalofrío me recorre.

—Es nuestro pequeño —dice y se levanta.

Me lleva de la mano, primero caminamos a donde sale el sol, la abuela avienta un poco de mezcal y dice unas palabras que no entiendo, vamos al poniente y hace lo mismo, regresamos al centro para caminar al norte, yo estaba ahí, las cañuelas se han caído, un amplio camino parece dirigirse hacia el norte.

La abuela me da el garrafón y me dice:

—El Tavayuko quiere que le des tú.

Tomo el garrafón y volteo a verla, ella parece ver a alguien enfrente de nosotros, pero no hay nadie; aviento un poco de

mezcal como ella lo hizo, y el aire se mueve, parece irse por el camino, hacia el norte.

La abuela sonríe, me acaricia la cabeza y camina hacia atrás, por un momento me parece ver a alguien que camina, enfrente de mí, se aleja, las cañuelas truenan cuando las pisa... pero no hay nadie.

—Te falta de este lado —dice la abuela que me espera en la parte sur del círculo.

Ahora ya sé, voy con el garrafón y tiro un poco.

—Para el Tavayuko —digo.

Mi abuela ríe, su risa se pierde con el viento que se aleja despacio.

Tiritan azules los astros

En las paredes había figuras: monitos con líneas, flechas y animales; tallados y con pintura, algunos coloreados otros casi cubiertos por el humo; las ollas eran de todos tamaños, en las más grandes podía meterme y aún así cubrirían mi cabeza; en el piso tierra, con las velas y cera regada, más allá como alfombras: petates de palma, suaves, como recién hechos.

Había mesas de madera y un fogón, brazas recubiertas con ceniza blanca; no había sillas, la mesa tenía comida: platos con carne de res, mole, elotes, chayotes, miel; tortillas grandes, tlaxudas, pan; cerveza, refresco, aguardiente, mezcal...

—La comida ya se enfrió, pero no mucho —dijo una voz más adentro— anda, es para ti.

Cerré los ojos para acostumbrarme más a la oscuridad, pero nada, no se veía más allá de los petates; di un paso con cuidado, luego otro y otro más.

—Toma una vela o tus ojos te harán caer, no debes confiar tanto en ellos.

Levanté un cirio y caminé hacia dentro, a unos pasos se fue aclarando poco a poco el fondo, o al menos más allá...

Un catre salía al paso, la madera negra se veía antiquísima, unas telarañas se habían acomodado a sus pies y en la cabecera, de lo alto de la cueva colgaba una gruesa cuerda, al final tenía un nudo, unas cobijas grises de lana cubrían el catre.

—Acércate, ya nos conocemos —exclamó y se sentó agarrándose de la cuerda.

—¿Cómo está?, don Martiniano —le dije con una voz temblorosa.

—Es un buen día: llegaste, pero primero ve a comer, tenemos tiempo para todo.

Regresé a la mesa, el hambre es así, uno cede por la panza o ¿no?

Agarré una tortilla, se me hizo muy grande, la olí, como recién hecha, apenas enfriándose, la partí en dos y me hice un taco, me senté en el petate con las piernas cruzadas, reclinado hacia delante, cada vez veía más atrás, pude ver que la cueva se perdía a lo lejos, los dibujos seguían las paredes.

Destapé una cerveza, di un trago grande que estuve a punto de escupir, estaba tibia... bueno, no propiamente tibia: al tiempo; pero el paladar acostumbrado a que la botella tenga hasta escarcha, no acepta esto; se subió la espuma y empezó a escurrir, bebía o la dejaba correr, esperé a que se consumiera en la tierra; al final la terminé con otro trago.

—La tierra también se merece un poco, ¿no crees? —dijo Martiniano.

—Sí —respondí, sin saber qué decir.

Los chayotes estaban hervidos, partí uno, sus espinas se clavaron en mis dedos, me los chupé, lo fui pelando poco a poco, la cáscara es como un papel con espinas, como un cartón, cuando se desprende queda seca, di una mordida, aún estaba tibio.

—Ponle miel, sabe mejor.

Levanté el tazón de miel y dejé caer un chorrito, como un hilo la miel cubrió una parte, era cierto, el sabor era inigualable.

Tomé un cigarro de la mesa, eran *Alas* azules, me recosté en los petates y empecé a fumar, poco a poco el humo se instaló en mis pulmones, afuera se había ido el sol, la entrada de la cueva estaba a oscuras.

¿En qué momento decidiste que no querías volver a verme?, pregunté sin darme cuenta, ahí estaba ella, con su sonrisa de yo no fui, sentada en la banqueta de la escuela leyendo unas hojas que había sacado de un fólter amarillo, alegre, ruborizada.

*La tierra me reclama
pide mi cuerpo dolorido
busca mi alma
y yo me resisto a morir como todos:
de muerte natural.*

*No quiero que me mate un cáncer
un paro cardíaco.*

*Quiero que me mate tu ausencia:
mi soledad*

Era alta, con piel tersa, nalgas redondas y pelo corto, un poco ondulado y oscuro. Sus ojos cafés eran alegres, a sus diecisiete era una gran rebanada de sandía roja, dulcísima, jugosa, una mordida después de otra y otra, sin que puedas acabarla, su jugo escurría por mis manos; y yo embelesado, con su sabor en la boca cerraba los ojos.

¿Cuándo dejaste de amarme? o acaso debo preguntar, ¿en verdad me amaste?

Ése y no otro es el amor, cuando uno literalmente puede morir por la persona amada, cuando juras por todos los demonios que tu amor es infinito y no morirá, es la primera vez que tienes la certeza de algo, vives porque amas a una mujer hermosa, si muriera el amor más valdría estar muerto.

Ella se levanta de la banqueta, me ha visto, se alisa el pelo y camina hacia mí. Paso a paso se acerca, siento su aliento, nuestras narices se besan y junta su pecho al mío, las manos hacia abajo tienen las hojas; no sé qué hacer, nunca lo he sabido: no lo sabré.

—Es muy bella... la noche entre los árboles no tiene par —dice Martiniano que está sentado en el catre.

—Si —contesto, un nudo en la garganta se hace intenso y este dolor aquí en medio, en la boca del estómago que no cesa, cierro los ojos y estas ganas de llorar que no me dejan. Una lágrima resbala, baja pegada a mi nariz, llega a la comisura derecha: toda la sal de mar cabe en una lágrima.

—No tarda en salir la luna, pero si quieres verla tienes que caminar un poco, esta noche te quedarás aquí, hay cobijas en la caja de enfrente.

—Lo vi en su casa, —le dije con nerviosismo— era más viejo y no podía caminar.

—Las cosas no son como las vemos, así seré, pero falta mucho.

—Usted no es Martiniano, sólo se parece a él.

—También puedo parecerme a tu abuelo.

—No es mi abuelo es mi bisabuelo.

—Como sea, pero seguiré siendo yo.

—¿Quién es usted?

—El que camina en el monte o el que recorre los campos...

—Pero, ¿cómo se llama?

—Puedes decirme Ticui o Martiniano, es lo mismo.

—Y ¿ésta es su casa?

—Todo es mi casa.

—¿Qué quiere de mí?

—Por hoy que veas la luna —dijo, se levantó y caminó a la salida.

Los pies me dolían, pero más las piernas, sobre todo aquí, en esta parte que tenemos detrás de las piernas que es como un tamalito, me las frotaba suavemente.

—La luna no espera —dijo Martiniano que ya estaba afuera, en la oscuridad.

Salí con pocas ganas, me sentí obligado, tenía miedo, no sé de qué, pero tenía mucho miedo de salir.

—Sólo ven, camina, tus pies te llevan.

La oscuridad era total, se oían grillos por todos lados, a lo lejos un aullido, pero muy a lo lejos, apenas se escuchaba.

Ante una mujer hermosa me sudan las manos, tartamudeo, digo estupideces y cuando mi otro yo me salva me quedo completamente mudo.

¿Por qué te quiero?, ¿por qué a ti?, ¿por qué no puedo decirte nada?, ¿por qué no puedo hacerte saber que este corazón bulle emocionado cuando mis ojos te ven?

¿Por qué es en secreto que me consume y me duele muy adentro?

Estoy hasta la madre de este pinche miedo, llego derrotado siempre, levantando mis lástimas, compadeciéndome.

Nunca se va a fijar en ti, mírate, pobre imbécil, no tienes nada, ni las ganas; cuando se hacían los equipos de *fut* te dejaban hasta el final, nadie quería escogerte, casi era un castigo para el equipo en que quedabas; después dijiste que no te gustaba y ya nadie te invitó, te quitaste la camiseta del Cruz Azul y la guardaste para siempre.

Si alguna vez sacaste diez en la escuela fue en primero y en segundo porque los maestros son generosos con los pequeñines, pero nunca más.

El espejo refleja a un tipo insípido, sin personalidad, triste, serio, temeroso; nadie se va a fijar en esta cara insulsa. Es cierto que no eres el guapo Ben, pero dime, ¿a qué le tiras?, ¿en qué eres bueno?, ¿cuándo dejaste de soñar?

Me dan miedo las mujeres, todas, no me atrevo a mirarlas a la cara, porque seguro me van a ver.

Caminamos por la vereda que rodea el pico de la montaña, la misma que había recorrido con luz en la tarde, ahora completamente a oscuras, no veo nada, camino seguro porque Martiniano va adelante.

—Es suficiente, desde aquí podremos ver el inicio.

La voz de Martiniano viene detrás de mí, él me ha tocado el hombro.

—¿Qué no venía adelante?

—Si, al principio, pero como me di cuenta que lo hacías bien te cedí el paso.

Había caminado sin darme cuenta, no había puesto atención al camino porque pensaba que yo iba en segundo lugar, iba distraído, casi sin voluntad, sin percatarme de nada.

Me sentí extraño, pocas veces me suelto. Como si te tomaras unos tragos y cerraras los ojos, al poco rato te vale madre todo y dices sí a cualquier estupidez.

Como si dejaras un rato dormida a la conciencia, el cuerpo solo caminando, igual que cuando te acercas al sueño, escuchas algo, pero sabes que ya no estás ahí, te has ido hasta la mañana siguiente.

—¿Cómo lo hizo?

—¿Cómo hice qué?

—Eso de dejarme caminar adelante.

—Pues me hice a un lado y ya.

—Pero no vi nada.

—No había nada que ver, se trataba de caminar y lo hiciste.

—Pero pude caer.

—Eso no era posible.

—¿Por qué?

—Porque caminabas confiado.

—Confiaba en que usted iba delante.

—Sólo confiabas en que no ibas a caer.

Nos habíamos sentado a un lado del camino, a lo lejos en el horizonte se veía un resplandor, poco a poco se hacía más intenso, estaba naciendo la luna, su luz blanca era intensa, nunca he visto una luna tan grande.

Los grillos parecían cantar en voz baja, un viento suave pasaba entre las hojas de los árboles, se sentía un movimiento tenue, lo demás era silencio.

Claro que he visto muchas veces la luna, pero no así, desde la oscuridad casi absoluta, en medio de la nada.

Si la luna se quedara así, con una parte metida en la tierra como se ve, podría caminar semanas hasta llegar a ella. Sentí como si algo cayera sobre mí; un manto suave, fresco, fue bajando como una pequeña lluvia bajo el cielo estrellado.

No me había dado cuenta pero las estrellas se veían bajitas, como si pudieras tocarlas; inconscientemente levanté la mano, ahí estaban las estrellas, el universo, y la luna naciendo.

Empecé a sentir euforia.

Estaba feliz.

En verdad, la vida es bella.

¿Cuándo dejaste de amarme?, ese día lo supe.

Levantaste la cara para que tu nariz jugara con la mía, tus senos duros estaban pegados a mi pecho, te paraste en la punta de los pies.

—No me amas —dijiste— sólo amas al amor y crees encontrarlo en mí.

Eso sí, me besaste, diste media vuelta y te fuiste; ya era de noche, la luna estaba en lo alto blanca, pequeñísima

Y yo, me dije, ¿por qué amo a esta mujer?...

Debí enfurecer: perra maldita, este pinche corazón está hecho de mierda y yo soy un imbécil, un animal sin sentimientos que apenas merece compasión; si algo puedes sentir por mí es lástima y debo sentirme agradecido, mal rayo te parta, la puta madre que te parió ya te está esperando en el infierno.

Debí decirlo, pero no, entonces sólo puede salir el llanto.

¿Te he vuelto a ver acaso?, no ¿verdad?, he recorrido las calles nuevamente, buscando tu sombra, Juárez no es la misma, las banquetas de Hidalgo han consumido mis zapatos y mis ganas de encontrarte.

Tu recuerdo sale de la tierra, como una enredadera me atrapa, me dejo acariciar por las hojas tiernas, pero el follaje aumenta, me aprisiona, no me deja mover, apenas respirar, no hay salida, sólo la muerte: la tuya o la mía. ¿Se puede vivir sin alma?

—Así empieza la vida, y es dolorosa. Primero la oscuridad, después la luz, luego... ya lo sabes, todo pude pasar —dijo Martiniano, sin alguna emoción.

La luna era hermosa, rojiza, inmensa, ahí delante de nuestros ojos.

—¿Qué crees que sea más importante, el sol o la luna?

—Por supuesto que el sol —le dije seguro de mis clases de ciencias naturales.

—Yo creo que la luna.

—Y eso por qué.

—Porque en el día si no hay sol, como quiera se ve, pero en la noche sin luna no se ve nada.

Por un momento quise hablarle de Galileo, de Copérnico, pero a fin de cuentas creo que tiene razón o ¿no?

Regresamos en medio de la luz, la luna nos acompañó hasta la cueva, entonces pude ver lo que caminé a oscuras, no sé por qué no me caí, después de todo estaba aprendiendo a levantarme.

Carta de mi padre

—Che... Che...

La voz de mi bisa resuena en su casa, lo veo en cuclillas, con esa forma de encogerse, los pies ligeramente separados con las plantas pegadas al suelo, su cuerpo pequeño, los brazos pegados a sus rodillas, con las manos abiertas y las palmas hacia abajo, enfrente de él un cántaro con agua; es como un jarrón de barro negro, muy cerca de la boca tiene unas asas pequeñas, un mecate de palma lo rodea; dentro, el agua se mueve ligeramente en círculos, reverbera.

—¿Dónde estás Che?

La cabaña está iluminada por unos troncos que se queman, la luz es tenue y agitada, las paredes de adobe parecen moverse, la noche está en calma; mi bisa preocupado vuelve a llamar, le contesto, pero no me escucha: bisa, estoy aquí a tu lado.

Se asoma al cántaro, lo mueve, busca con sus ojos. Su voz se ha metido al agua y recorre las paredes, suena triste, lejana.

—Che, somos los últimos, regresa.

El aire ligero mueve las hojas de los árboles afuera, se oye un susurro, los grillos han cesado, debe ser más de medianoche; mi bisa vuelve a meterse al agua, su voz quiere llegar más allá, del otro lado de la montaña; ¿por qué estamos despiertos cuando soñamos?

Hoy recibí carta de mi padre, me sorprendió. En otro tiempo habría estado feliz, pero así tan de pronto, se me ha erizado la piel; un calambre recorrió mi espalda de la cabeza hasta el culo, ese pinche sudor frío, ¿acaso todo mundo lo siente?, las manos tiemblan más, aquí tengo la carta, leo y releo el remitente; no es posible, no puede ser él: hace dos días lo enterramos.

La carta está en la mesa, más allá unos vasos sucios que he dejado ayer, el pan duro de la semana pasada, cuadernos y libros viejos a medio leer; yo estoy sentado en la silla de madera, la que está pintada de verde.

No es posible, me repito, una lágrima cae. Estoy solo, siempre he estado solo pero nunca me he sentido tan desvalido e infeliz.

Necesito una mano... una voz... un hombro para soltar el llanto y caerme a pedazos de este ser que arrastro.

No puede ser tanta tristeza, tanto dolor y ahora miedo, mis ojos están clavados en la carta, una cosa es segura, los muertos no envían correspondencia.

Me acerco a la carta, la acaricio, después de todo es la voz de mi padre donde quiera que esté, veo el matasellos: un día antes de su muerte; me dejo caer otra vez: ¡puta madre!, digo y me suelto, dejo caer las lágrimas pero este dolor que tengo atascado, apretado, comprimido: no se irá.

Mi bisa ha puesto otro tronco en el fuego, ha dejado el cántaro en paz, ahora acerca sus manos a las llamas, el calor entra por sus dedos contrahechos, mira fijamente algo delante de él, donde estoy yo contemplándolo, sólo está preocupado, y espera, a lo lejos se escucha el canto de un gallo y más allá el aullido de un perro, después, otra vez nuestro silencio.

Mi bisa se ve cansado, no sé si es la primera vez que hace esto, pero ya no está para chingaderas, se le ha ido la fuerza, no ha cambiado mucho desde que lo vi por primera vez, todo está en mi recuerdo, pero ahora que lo veo de cerca, es claro, le han ganado los años.

De los cinco hijos que tuvo, quedan dos, y de los dieciocho nietos sólo recuerda a tres; no sabe, ya no tiene caso saber, cuántos bisnietos hay...

—¿Ese Che, cómo estás?

—Bien, vine con mi papi.

—No es tu papi, Che, es mi papi.

—No' o, mío mi papi.

—Mío mi papi, Che —y daba un paso hacia mi padre.

Yo me levantaba con mis cinco años por delante y corría a las piernas de mi padre, me escondía tras él.

La risa está ahí, estuvo siempre, mi bisa ríe mucho, casi todo es alegría; pero ahora lo veo así, cansado y triste, solo, otra vez solo, como si estuviera viendo un espejo.

Abro la carta, la letra de mi padre es inconfundible, no en balde se la pasaba ensayando cada vez que podía; cualquier pedazo de papel era bueno, un cuaderno viejo, el papel de las tortillas, el último rincón de los periódicos.

Su letra manuscrita es clara y firme; sus mayúsculas obligatorias son el inicio de la fecha.

“Después de mis cortos saludos paso a lo siguiente:

Mira hijo, estoy muy preocupado por ustedes, por tu madre, tus hermanos y tu bisabuelo.

He tenido un sueño y me he despertado a medianoche, el agua no ha sido suficiente para calmar la ansiedad.

Eran esos días en que tu abuela tenía puercos gordos y sucios, porque a mí me tocaba limpiarlos.

A veces se mataban en la casa, los preparativos empezaban antes de que terminara la noche, aún en la oscuridad se ponía el cazo con agua, tenía que empezar a hervir antes de que el puerco estuviera muerto.

Siempre me paraba tarde, primero había que separar al elegido, lo amarrábamos del pescuezo y lo jalábamos; ahí empezaban los chillidos y no paraban hasta el último suspiro.

Lo llevábamos cerca del cazo, a un lado nos esperaba una mesa de madera, lo tirábamos en el suelo y le amarrábamos juntas, apretadas, las manos con las patas.

El cuchillo penetraba abajo del cuello, el grito del animal cambiaba de tono, incluso con la cuerda enredada en el hocico; los vecinos sabían que habría carne fresca.

Estábamos ahí deteniendo al puerco y veíamos con claridad cómo empezaba a brotar la sangre, primero tímida, una mancha roja empezaba a cubrir la mano del matancero, después la fuente se desbordaba, la fuerza de la sangre al salir era como cuando cae el agua de la llave; una cazuela estaba lista para recibir la sangre, el chorro salpicaba a todos. Sale vapor del líquido caliente, pero en un abrir y cerrar de ojos se coagula.

El puerco lucha, se tuerce y se retuerce, sus chillidos no se detienen, casi se ha quedado sin sangre y aún se queja; respira con dificultad, pero resiste, no quiere morir: al final se va el aliento; sólo queda el silencio”.

Ahora he crecido y veo a mi bisa pequeño, encogido, una profunda ternura me embarga, es como si fuera un niño pequeño. Sí, ya sé que está arrugado y tiene el pelo completamente blanco, pero lo veo con otros ojos, se ha quedado inmóvil un buen rato, creo que puede permanecer así por horas; casi no parpadea; ¿qué estará pasando por su cabeza?, ¿a dónde lo llevarán los recuerdos?

Lo veo aquí en su casa y no dejo de compararme con él, también estoy solo, las paredes no son para protegerme del sol o la lluvia, son para impedir que los demás se acerquen.

No quiero que me vean, que pregunten, que murmuren; es mejor si me vuelvo invisible; de hecho casi lo soy, mi vida diaria muy apenas llega a tres, cuatro personas, en la escuela dos, la señora con quien voy a comer, y cuando pago la renta; ¡ah!, y el perro de la vecina que cada vez que puede se mete a hacer desmadres.

Pero aquí, mi bisa no tiene vecinos cercanos, al menos no tan cercanos como para que un perro se meta en su casa; aunque es cierto que si deja algo mal puesto se lo chingan.

Pueden pasar días, dos, tres o cinco, sin que le dirija la palabra a alguien, sin escuchar alguna voz más allá que su propio pensamiento.

“Por eso estoy preocupado –dice mi padre en su carta–, porque me he visto ahí, otra vez jalando al puerco, viendo su sangre brotar a borbotones, oyendo su último suspiro.

He visto como lo rociamos con agua hirviendo y lo empezamos a pelar con los cuchillos, filosos; una piedra está lista para tallarlos si hace falta; la piel, el cuero está caliente, con una mano agarras el cuchillo por el mango y con la otra lo agarras de la punta, del canto, lo jalas hacia ti; se desprende una parte delgada de la piel y cabellos, abajo queda liso, brillante. Se tallan con cuidado las patas, las orejas, los cachetes; por último el rasurado fino, con navajas de afeitar.

El puerco está listo, sobre la mesa, lo acostamos boca arriba y lo abrimos de patas, primero se corta la cabeza y se cuelga con un lazo; después hay que desollarlo, con cuidado se des-

prende la piel, una capa fina de grasa se va quedando en las partes; al final se tiende al sol con la grasa hacia arriba.

Se abre con cuidado su panza, las vísceras llegarán a una tina, alguien tendrá que lavarlas: mi madre.

Poco a poco el puerco se descuartiza; sus brazos, sus costillas, sus piernas, su espinazo: están colgados, caen pequeñas gotas de sangre; mis manos están rojas, en ellas la sangre sigue fresca... Me he despertado con miedo, sudando; por un momento vi mis manos rojas y me las he lavado, siento el agua fría y veo que al jabón le cuesta trabajo limpiarlas.

No sé qué vaya a pasar, pero cuídate mucho, cuida a tu madre y no dejes de ir a ver al bisabuelo.

Te quiere. Tu padre”.

Mi bisa se levanta en la noche, sale a orinar; el aire fresco, suave, le acaricia la cara, está cansado y triste, no encuentra respuesta, algo sabe o presiente, se queda por un momento viendo la oscuridad, no hay luna, así que las estrellas en lo alto lo iluminan todo, estas estrellas que parecen dibujadas, grandes, luminosas.

El frío llega despacio, se mete por sus pies y manos; mi bisa entra en su casa, aviva el fuego y se acuesta, no puede dormir pero cierra los ojos, empieza a soñar, ya no está ahí en su casa, se ha ido, va caminando por la costa, las palmeras de cocos en lo alto, el aire húmedo, caliente, el ruido del mar no muy lejos.

Camina con sus pies descalzos, cruza un arroyito, el agua está tibia, sube un bordo, del otro lado el mar, las olas altas, el ruido cuando golpean es constante; se sienta en la arena caliente, el calor sube a su cuerpo.

Entonces, después de tanto, duerme.

Mi padre se acostó en la noche, la última, preocupado, no podía dormir; hacía planes, quince días, a lo sumo, y regresaría; había juntado cosas, una tele, una olla eléctrica, almendras y un radio despertador.

Pero ya no hubo mañana, ya no despertó.

A media tarde llamaron a la puerta pero abrieron por la noche, nadie lo había visto, ahora estaba ahí, en su cama, soñando para siempre.

Para traerlo se juntó el dinero entre los paisanos, pero no era suficiente, esperar o incinerarlo, esa era la duda.

Se incineró al otro día y recibimos sus cenizas tres días después.

Todavía sueño que regresa.

—No he muerto —me dice—, mírame.

Y me quedo viendo su rostro, es él, no hay duda, el mismo que está frente a mí, ahora que estoy solo.

Camino de la escuela

La claridad entra por la boca de la cueva, aún no hay rayos de sol pero pronto entrarán, el sueño se ha ido; así nada más, de repente abres los ojos y casi estás de pie, el cuerpo ha descansado lo suficiente.

Me pongo mi camisa, un poco fría pero el aire está más fresco, el pantalón que he enrollado está a mis pies, no hay problema salvo por los calcetines, creo que no pueden usarse y me pongo las botas sin nada.

Afuera el aire mueve las hojas de los árboles y las aves cantan, extendiendo sus alas se preparan para el vuelo: es un nuevo día.

Martiniano viene caminando por la vereda, trae unas manzanas en la mano, el sol ha salido, todo se pone en movimiento.

—Es un buen día.

—Sí, ya salió el sol —le digo sin más.

Se sienta a un lado de la vereda y me ofrece una manzana, me acomodo a su lado, tomo la manzana y la acaricio, por un momento pienso en lavarla, pero sólo la limpio con mis manos, la huelo, el olor es muy tenue, con la uña la raspo para que suelte su jugo, la pellizco y mis dedos se humedecen, el olor revienta, intenso, dulce; con la punta de la lengua toco el jugo, una pequeña gota apenas, deliciosa.

Doy una mordida suave, pequeña, el ruido cuando se rompe la manzana es fuerte y saltan minúsculas gotas de jugo; está exquisita. Una a una las mordidas son como si fueran la primera, golosas.

Hace rato ya que las aves empezaron a moverse, a ¿dónde irán?, quien sabe, pero en la tarde estarán de regreso.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —pregunto sólo por confirmar mi presencia.

—Donde quiera que estés es lo mismo.

—Bueno, pero alguna razón debe haber, o ¿no?

—Por supuesto, todos tenemos una razón.

No tengo ánimos para más preguntas, me quedo en silencio incluso en mi interior, veo a lo lejos las aves y más allá las nubes que ocultan los picos de la montaña.

Martiniano se levanta, es hora de irnos, dice y se pone en camino, lo sigo sin decir nada, mis pies aún no se reponen del día anterior, estoy adolorido de todo, las piernas, los muslos y la ingle, pero camino.

La escuela es grande, inmensa, mi madre me lleva de la mano. Es mediodía, el sol cae a plomo, un sudor fresco resbala por mi mejilla, llevo sólo un cuaderno y un lápiz en una bolsa de plástico, mis manos la aprietan fuerte. Mi madre me dice que no llore, que la escuela es para todos, que me gustará, que otros niños y niñas como yo están en el salón; que ya soy grande.

Llego y el mundo cambia, nunca he visto tantos niños en un solo lugar, es como un río cuando abren la puerta y nos metemos; algunos empiezan a correr, otros ya están jugando, el sol de mediodía hace que me duela la cabeza.

De pronto suena la campana, la busco, en un pasillo de la escuela hay ocho, diez alumnos, grandes, seguro son de sexto, están deteniendo una campana, se ve a las claras que apenas la aguantan, otro niño mete la mano debajo y mueve el diente, la campana suena alegre, el caos se diluye, cada quien toma su lugar, el patio se llena de líneas, de filas que poco a poco se estiran y quedan derechitas.

Media vuelta por tiempos, uno, dos, tres. A ver esas filas guarden su distancia otra vez, uno, dos, tres. A ver el primero A, avance a su salón, no se detengan niños, avancen, avancen; a ver el primero E, avancen.

Llegamos al salón y el maestro se presenta, yo saco una torta de huevo que me ha dejado a última hora mi madre y empiezo a comer, el maestro se acerca mientras dice:

—¿Qué tenemos aquí?, a ver pequeño, ¿cómo te llamas?

—José —contesto mientras doy otra mordida.

—¿Y tienes mucha hambre?

No sé qué decir, sigo masticando pero empiezo a guardar la torta.

—Bien, niños, regla número uno, no se puede comer en clase; los demás niños ríen, yo me hundo en la banca.

Voy caminando detrás de Martiniano, empiezo a sudar, veo sus pies, lleva unos huaraches de una sola correa, gruesa; camina despacio, con firmeza, espero que diga algo pero sólo camina.

Llegamos al río, se quita los huaraches y cruza, el agua llega a sus rodillas, me siento y desamarro mis botas, cuando me las he quitado él está del otro lado, sentado, esperándome.

Camino despacio, viendo con cuidado dónde poner cada pie, el agua empieza a subir, más allá de las rodillas, ahora me llega a la cintura y tengo que levantar las botas, veo que falta más de la mitad del río, empiezo a dudar, no sé si seguir adelante, atrás es más seguro.

Martiniano parece divertido, pero no se ríe, espera, creo que lo único que sabe hacer es esperar.

Sigo adelante, después de todo ya estoy mojado, el agua llega a mi pecho y creo que al final las botas se mojarán, ya no me importan mucho pero las llevo en lo alto, poco a poco baja el nivel del agua, llego a la orilla y me exprimo la ropa.

Martiniano está sentado con una rama seca en la boca, mientras yo bajo con las dos manos el agua de mis pantalones, una y otra vez, para que no escurran. Me he quitado la camisa y tras exprimirla como jerga la extiendo en el pasto, sigo bajando el agua de mis pantalones, cuando de pronto los veo, ahí, del otro lado del río, veinte, treinta venados se han acercado a tomar agua, como si hubieran venido detrás de nosotros, tres pequeños juegan a un costado de la manada; el más grande, con sus cuernos largos y puntas filosas, nos ve con atención, un poco receloso camina lentamente de un lado a otro sin perdernos de vista.

Una vez que han bebido lo suficiente se van poco a poco entre el monte; el macho grande es el último, nos observa, da un vistazo antes de perderse entre las ramas.

—¿De dónde salieron? —pregunto asombrado.

—De ninguna parte, ellos estaban ahí, —dice Martiniano que se levanta y sigue caminando.

Meto los pies en las botas de un solo movimiento, las amarro de prisa, al levantarme alcanzo a jalar la camisa y voy tras él con la camisa en lo alto.

Siempre quise aprender a leer y escribir, me gustaba ir a la escuela, en mi cuaderno hacía todo rápido, cuando el maestro preguntaba ¿quién ya terminó?, mi trabajo estaba listo, pero ya había empezado a dibujar, así que el Marco o el Darío levantaban la mano, yo seguía dibujando, una casita en medio del campo, a lo lejos los volcanes, arriba las nubes, la casita siempre

tenía su chimenea, el humo se levantaba alto; más allá un granero y a lo lejos un río, sacaba mis colores y me pintaba solo.

Entonces el maestro llamaba a los últimos, a ver tráiganme lo que hayan hecho, allá iba mi cuaderno, lo revisaba el maestro y decía, a ver, ¿quién es el pintor?, el salón reía; tímidamente levantaba la mano: es mío. No se rían, niños, su compañerito va a ser pintor; volvían las risas.

Nuestra escuela tenía unos árboles grandes en la parte de atrás, en una esquina un jardincito de pasto, ahí jugábamos canicas, hoyitos, tacón y trompo; en el pasto las luchitas; el juego era emocionante, nos la pasábamos todo el tiempo hasta que sonaba la campana, entonces todos echaban a correr, la mayoría al baño, porque el maestro no nos dejaba salir después del recreo; ya saben, decía, que tienen que ir al baño.

Ese día Juan y yo nos pusimos a orinar en un árbol, acabando se echó a correr. Ahí viene un maestro, me dijo. Pero, una vez abierta la llave, no se puede parar el orín hasta que se acabe.

Cuando terminé, me di cuenta que el maestro estaba detrás de mí.

—¿Por qué no vas al baño?, me dijo.

—Es que ya tocaron la campana y mi maestro no nos deja salir después.

—¿Cómo te llamas?

—José, y voy en el primero E.

—¡Apúrate o llegas tarde!

Me fui corriendo, la verdad pensé que me iba a regañar.

Ya en el salón, listo con mi cuaderno y mi lápiz, el maestro me pidió pasar al frente: a ver José, haznos el favor de pasar al frente; desconcertado me levanté y me puse enfrente de todos,

pensé que escribiría algo en el pizarrón, pero nada de eso. A ver, José, ¿sabes dónde están los baños?; yo sólo moví la cabeza afirmativamente; yo creo que no sabes, dijo el maestro, así que alguien te va a enseñar, a ver Pedrito, por favor enséñale dónde están los baños a tu compañerito; entonces Pedrito me tomó de la mano y me empezó a jalar, el maestro dijo no Pedrito, para que no se le olvide llévalo de la oreja.

Entonces Pedrito me alzó de una oreja, me levanté de puntas pero la mano iba más allá, las lágrimas no se hicieron esperar. Pedrito me llevó de una oreja y me trajo de la otra, efectivamente, los baños seguían en su sitio.

Caminamos hasta media tarde, el sol empezaba a bajar, ya tenía hambre, pero no dije nada, llegamos a una pequeña planicie. Martiniano se recostó y puso su sombrero en la cara, me quedé sentado; a lo lejos un coyote estaba parado, viéndonos, me sorprendí un poco porque sólo venía observando el camino, ahora nos mirábamos, pensé que atrás de nosotros habría algo, pero nada, me estaba viendo a mí.

Sólo será un momento pensé, pero nada, el coyote ahora se había sentado y estaba así, sin moverse, no tenía intención de ir a ningún lado.

Me quité las botas y me recosté, el cielo azul tenía unas nubes rojizas, levanté la cabeza para ver al coyote, no se había movido.

Regresé a contemplar las nubes, se movían rápidamente haciendo figuras extrañas.

Cerré los ojos, respiré hondo y pensé en mi madre, tal vez a esta hora iría por mí a la primaria, caminaría las seis calles de la casa a la escuela, y esperaría a que abrieran la puerta, los niños empujándose al salir, pero entre ellos vendría yo, tratando de

subir la cabeza, buscando a mi madre, temeroso; al verla soy feliz, corro y me abrazo de sus piernas: mamá, te quiero mucho...

Abro los ojos, casi ha oscurecido, me levanto rápidamente, busco al coyote, se ha ido, volteo a ver a Martiniano, sólo está la marca de su cuerpo en la hierba.

Maldita sea, me he quedado dormido, los grillos cantan, un ave rezagada pasa veloz, empiezo a caminar a ninguna parte.

Los dos límites

Los pies pisan con cuidado, la penumbra de la noche cae. En medio del claro se ve un árbol grande, solitario; me acerco un poco, es un madroño y recuerdo de pronto la voz de mi bisabuelo:

Un día caluroso, de los últimos de mayo, el murmullo de la gente que pasaba me hizo salir, “lo han matado” decían.

—¿A quién? —preguntó mi bisa.

El viejo Elías dijo:

—Al Rengo, ya sabes que pocas veces bajaba al pueblo. Si quieres venir, vamos, pero sólo a ver, porque no lo bajaremos.

En esos años mi bisa era joven.

—¿Por qué?, don Elías.

—Porque no nos corresponde, por eso nomás.

—¡Ah! —contestó mi bisa siguiendo a don Elías con sus pasos largos y rápidos.

Casi corría por no quedarse atrás, donde después iba quedando chiquito el pueblo; hacía buen rato que caminaban, su corazón golpeaba con fuerza por lo agitado, cuando oyó:

—Allá en el madroño es el límite de las tierras del pueblo.

—¿Hasta aquí termina?, don Elías —dijo mi bisa con la inquietud de quien no sabe cuál es la tierra que está pisando.

Volteó a verlo con esos ojos que parece que lo ven todo.

—Depende, si vas o vienes —le dijo despreocupado.

Caminaron tal vez otros quince minutos. Cuando se acercaron, los primeros curiosos se apartaron.

A un lado estaba él, con su pierna tullida y su sombrero color de tierra que había quedado volteado hacia arriba.

—No lo levantamos porque no es nuestro —dijeron los de aquel lado.

—Es su obligación como autoridad —dijo don Elías.

—No vinieron suficientes hombres con nosotros, además ya llegaron ustedes.

—Todos saben que les corresponde —dijo otra vez don Elías.

—No lo podemos hacer, no tenemos dinero —contestaron secamente.

Don Elías se quedó pensando mientras apretujaba el cigarro de hoja entre sus manos morenas y callosas. Se volteó y con toda calma dijo.

—Traigan troncos muchachos que hasta aquí es el nuevo límite del pueblo.

Al muerto lo bajaron en unas ramas del zapotal que estaba junto; nadie supo de verdad qué había pasado con el Rengo, pero las nubes negras trajeron tormenta toda la noche.

Se escuchan los grillos y el aire suave, la noche está oscura, sigo caminando; poco a poco escucho con más claridad, es el agua, suena al golpear las piedras, me acerco al río y veo luciérnagas. Estoy parado frente a él y no sé qué hacer, no se ve gran cosa, sólo se escucha, no tengo la menor intención de cruzar, pero debo llegar del otro lado, me siento un momento, hay que aclarar las ideas.

Algo raro estaba pasando, se respiraba en el aire, me dijo mi bisabuelo: por eso fui a ver a don Elías. Lo encontré sentado en una viga afuera de su casa, con el sombrero puesto en el suelo, viendo hacia el horizonte.

—Ya no veo bien, cada día se me empañan más los ojos —me dijo.

—¡Ah qué don Elías!, si usted es más fuerte que todos nosotros.

—Pero mucho más viejo, tanto más que ya pocos quedamos.

Me acomodé a su lado y me quedé buscando lo que él veía, después me di cuenta que no había puesto sus ojos en alguna parte; sino que era una forma que usaba para pensar.

—Esas tierras son nuestras porque así es la costumbre —siguió diciendo mientras preparaba uno de sus cigarros— y aquí ¿sabes?, la costumbre es la ley; y no esa que trajeron de no sé dónde. Por eso no se las vamos a dar. No podemos estar viendo las cosas que nos hacen y quedarnos como si nada.

Sabía que a eso iba, por eso me lo dijo. Después me contó de su madre y de sus hermanos muertos. La voz de mi bisabuelo se perdía en la noche.

Estoy inmóvil, no sé para dónde ir, espero un poco, el frío se acerca despacio, trato de prender fuego con unas ramas, los cerillos están en mi bolsa, lo que falta son cigarros, pero nada, todo está húmedo.

Entonces lo decido, cruzaré. Me saco las botas y las anudo de las agujetas, doblo los pantalones hacia arriba y me levanto, me cuelgo las botas y doy un paso con suavidad, porque no veo nada, el pie temeroso busca, tentalea, se posa con cuidado, luego el otro lo mismo, tengo miedo de pisar una astilla o una

piedra filosa, el pie se acomoda solo, sabe lo que hace, siempre es lo mismo: pisar.

Un paso sigue al otro, llego al agua, no está fría, pongo el pie y debajo una piedra semi-redonda con musgo me detiene, creo que puedo caer, pero el pie se acomoda, busca un lado y se posa, balanceo el cuerpo hasta estar seguro, paso a paso el agua sube de nivel, llega a mis tobillos, luego a mis rodillas, estoy preparado a que me moje todo y dado el caso nadar.

Los pies hacen su trabajo en la oscuridad, piedras pequeñas, arena, piedras más grandes; el pie se va acomodando el agua sube a medio muslo, camino lentamente y el nivel empieza a bajar, salgo y me sacudo el agua. ¿Acaso he cruzado otro río?

Don Elías dice en la asamblea que las nuevas tierras tienen que trabajarse, que ser dueño de palabra y nada es lo mismo, que hay que ir con la yunta, arar la tierra bruta, sembrarla, cosechar los frutos que nos permita Dios.

Hombres armados llegan al nuevo límite, atrás vienen las yuntas, los sembradores, trabajan dos, tres días, una semana; la milpa crece, nada pasa, sólo el aire, la lluvia y las garzas.

El campo está espigando, los cabellos dorados de los elotes salen al sol, el aire sigue, va y viene, algunos hombres armados van a cosechar elotes, han cortado dos costales, salen del sembradío y se escuchan los disparos, caen muertos, las balas tienen fiesta toda la tarde hasta la noche.

Los del otro lado han estado ahí siempre, cuidando lo que ya es tierra de nadie.

Me siento a la orilla, me pongo las botas y trato de ver el río, la noche es negra, me pregunto cómo he cruzado, mis pies han

visto debajo del agua. Me levanto y camino, los grillos dominan todo, las luciérnagas dan vueltas, tic tac, se prenden y se apagan, camino, no sé a dónde, pero camino, me pregunto dónde estará la cueva de Martiniano, quiero regresar a ella, descansar.

Se ve una vereda a la izquierda y otra de frente, dudo, no sé para dónde ir. Saco mi moneda de la suerte, una moneda de cobre de 20 centavos, de 1967; si es águila, izquierda; si es sol, de frente; en la oscuridad pongo mi moneda en la palma de mi mano izquierda y con los dedos de la derecha trato de saber qué está arriba.

Ya sabemos que de un lado está un águila devorando una serpiente, parada en un nopal, sale de un como costalito con rayas inclinadas, son tres, representa el islote de Tenochtitlan, apoyados en una línea sobre puntos, es el agua; pero del otro lado el sol, éstas eran las monedas más comunes hace años, se le ponía un veinte a la rocola o al teléfono, ¿ya te cayó el veinte? Por eso preguntamos, ¿qué pides?: ¿águila o sol?

Mi dedo palpa la moneda, se siente un borde al centro no sé si es la panza del águila o la pirámide, sigo el relieve de un lado a otro, abajo es plano, se sienten las letras, a la izquierda se siente un candelabro a la derecha un nopal, mi dedo regresa al centro, es la pirámide del sol, de Teotihuacan, mi dedo sube se siente el perfil del unas montañas, ¿serán los volcanes?, más arriba los rayos, es el sol, debajo del número 20 están los rayos.

Debo seguir de frente, no hay duda.

Don Elías está otra vez parado, la asamblea ha empezado puntual, por la mañana bajaron diez cuerpos, los enfrentamientos se han multiplicado desde hace tres meses, la muerte ha sentado sus reales.

¿En qué nos equivocamos? —se pregunta— la costumbre se ha perdido, sólo queda la venganza. Sin control, la violencia es como la crecida del río, se lleva todo.

Han ido a la capital buscando una solución, pero las balas se quedan, buscan cuerpos en los campos, en el bosque, nadie hace nada.

Vengo caminando en la noche por este camino sin saber a dónde voy, así ha sido siempre, no sé qué quiero, algún día seré grande, ¿y qué?; tendré hijos, ¿y qué?; seré respetado, ¿y qué?; me volveré un anciano gruñón, ¿y qué?... ¿de qué se trata todo esto?

Hago un alto en el camino y creo que lo mejor es descansar, los grillos cantan por todas partes, me acerco a un árbol y me siento junto a su tronco, me recargo, cierro los ojos y quiero que pase el tiempo, que sea otro día, que sea otro lugar, que sea otro tiempo, que yo sea otro... los abro pero todo sigue igual.

Hago un alto en mí, no quiero pensar en nada, sólo cierro los ojos y no busco la luz del túnel, me froto las piernas, los muslos; después me cruzo de brazos y nada más, no puedo hacer otra cosa, si quiero, puedo dormir y lo hago.

Don Elías ha muerto, el pueblo se ha reunido en su casa, mi bisa está parado frente a él, lo tendieron en un petate, está cubierto con una sábana blanca. Hay veladoras, al centro un plato con monedas de a cinco centavos con la cara de Josefa Ortiz, de diez y de a veinte, sólo tres o cuatro pesos, de plata pura, ley 0720.

Lo llevan al panteón con la banda, tocan música fúnebre, pero luego del sepelio tocan *El torito* y *El niño perdido*, las favoritas de don Elías.

Dónde iremos a quedar, dice mi bisa cuando regresa a su casa a mediodía...

Me despierta el frío, me estiro y veo que he estado recargado en un zapotal, es el mismo que he visto antes, es hora de levantarse; empieza a clarear, llego al camino y me pregunto para qué sirve el camino: para seguir caminando.

La danza de las máscaras

Los cuetes empezaron a sonar, era mediodía y el sol estaba en lo alto; sobre el camino de terracería me acerqué al crucero, no es propiamente una cruz, sino una T, el camino que llega se divide en dos partes; atrás de mí una camioneta roja llegaba; lo cuetes indican que es una persona importante.

Bajan del vehículo dos, uno alto con pelo blanco, robusto y otro bajito, de pelo negro como soldado.

Una larga serie de cuetes anticiparon los saludos; al centro refrescos, un cartón de cervezas, una botella de mezcal y unos cigarros *Alas*.

Después de los cuetes y el silencio, las voces, un murmullo antecedió la bienvenida.

Era un cura gringo, que había venido a la fiesta del pueblo; no hablaba español, muy apenas sabía decir gracias, pero afirmaba con cada oportunidad que entendía las cosas que se comentaban. Por si acaso, una traductora estaba atenta, para explicarle lo que los demás decían, pero principalmente para decir en español lo que el cura decía en inglés.

—Llegas a tiempo, como siempre —dijo la voz de Martiniano atrás de mí.

—No lo había visto —dije sin voltear.

—Después del saludo viene lo bueno.

Dicho esto la banda de viento, atenta, inició las dianas para el recién llegado; los refrescos y cervezas empezaron a correr. Tomé una cerveza, estaba al tiempo, después de todo no sabe tan mal.

La banda empezó a tocar un son, de esos zapateados.

—Lo mejor de la fiesta es la música —le dije a Martiniano.

—Y el baile —dijo él que se encaminó al centro del crucero para bailar.

Entonces lo vi, así como era, llevaba un pantalón de cuero con barbas a los lados, parecían sacadas de la crin de un caballo, la chamarra tenía flecos que se levantaban con cada paso; una máscara roja le cubría el rostro, era impresionante, la nariz afilada, una sonrisa sarcástica dejaba ver los colmillos, apenas dibujada una barba negra en la punta de la mandíbula, los ojos grandes y negros ocultaban la hendidura para ver; de la frente salían dos cuernos de venado, largos, trifurcados; debajo de la máscara un paliacate rojo cubría el cabello.

Ahí estaba, feliz, bailando al compás de la música, después de la cerveza llegó el mezcal. La botella pasaba de mano en mano hasta que llegó a las mías: un trago picante —mejor dicho ardiente— me hizo levantar la cara; el cielo azul intenso y el sol de mediodía daba inicio a la tarde.

—Con el calor da sed —dijo la voz de Martiniano.

—Un poco —le dije extendiendo la botella hacia donde venía la voz.

Me quedé perplejo, un cosquilleo recorrió mi espalda, las piernas temblaron un poco, me quedé buscando sus ojos entre las hendiduras de la máscara.

El traje era el mismo, pero la máscara era diferente, la levantó un poco y dio un gran trago de mezcal, pude ver como su sonrisa consumía la botella; después se fue a bailar.

Ahora eran dos, el último con la máscara negra, orejas afiladas y ojos rojos; la sonrisa era la misma; pero los cuernos ahora eran de buey.

Ahí estaban frente a frente, y de pronto era como si uno solo estuviera bailando ante un espejo; poco a poco levantaban la mano, un paliacate rojo se extendía en lo alto, era una bandera, la guerra había empezado.

Cada uno pretendía desplazar al otro, sus antebrazos se juntaban y los hacía girar, espalda con espalda la banda tocaba fuerte ta ta ta tá ta tá, ta ta tá ta ta.

Mis pies empezaron a moverse en el piso, de pronto casi todos estábamos bailando, al centro para los enmascarados no había cuartel.

Las cervezas o el mezcal llegaban a sus manos, levantaban ligeramente la máscara para tomar una cerveza de un solo trago, sin detener los pies, sin bajar la mano, sin respirar.

Trajeron otro cartón de cervezas y otro y otro, la fiesta en el camino parecía seguir hasta que un cuete dio la pauta, otros más lo siguieron.

Los recién llegados fueron invitados a caminar cuesta abajo por la izquierda, entre las casas de teja la gente los fue siguiendo, atrás de ellos la danza de las máscaras seguía, la banda de música y los cueteros: todos rumbo a la iglesia, el templo.

El camino pasa por la presidencia, enfrente una pequeña explanada, a un costado la cerca para montar toros; todo listo, en espera.

Cruzamos la explanada y llegamos al templo, los invitados por delante, hasta el altar; ahí estaba San Mateo leyendo *La Biblia*, un ejemplar en latín.

Los danzantes se quedaron afuera, pero la banda entró, *las mañanitas*, que se habían tocado a medianoche se repitieron, después salieron a continuar con el baile, ahí en el atrio.

Entonces los cuernos se juntaron, las frentes empujaban con fuerza, el son daba paso a las percusiones, todos esperábamos algo, de pronto llegó el silencio.

Con las manos cruzadas en la espalda los danzantes mantenían sus cabezas en lucha.

Otro cuete marcó el final, cada uno dio media vuelta y se fue a paso lento, la banda inició otro son.

Salieron todos y fuimos a la casa del mayordomo, la comida estaba lista.

El camino empedrado sonaba con los pies, la banda se había tomado un descanso, pero unos metros antes reinició su faena, lo cuetes eran la señal de que habíamos llegado, adentro nos esperaban los enmascarados, en el centro del patio, cada uno con su cerveza, pensé acercarme, preguntar quién era Martiniano, no me parecía propia la idea de que los dos lo fueran, pero sólo me concentré en observarlos.

Los músicos continuaron con el son y las máscaras con el baile, por momentos frenético.

Nos pasaron a comer; grandes tablones eran las mesas, unas vigas sobre tabiques los asientos; la Virgen de Guadalupe, el Santo Niño de Atocha y San Mateo, en el altar.

—¿Cerveza o refresco? —preguntó una niña que hacía de mesera.

—Cerveza —dije, estaba a punto de pedirla fría, pero creo que era en vano.

Enfrente de mí colocaron un tenate de medio metro de diámetro, las tortillas tenían este tamaño, como un sombrero, uno piensa que jamás terminará de comerla.

En un tazón llegó el mole, adentro la carne de res; los animales habían sido sacrificado tres días antes, su carne se había

puesto al sol preparada con sal; su sabor era exquisito, pero picante.

Hay que comer así, sin cuchara, tomas la tortilla y la partes en dos, luego tomas la mitad y divides; la cuarta parte ya es manejable, pero aun tienes que cortar pedazos; un pedacito de tortilla lo doblas por la mitad y lo tomas de un extremo, el otro lo abres, queda como un cucharoncito, lo metes al mole y lo sacas de forma horizontal hasta tu boca. Para comer la carne la agarras con un pedazo de tortilla más grande, abierta.

En la mesa hay agua en un jarrón de barro verde y en una cazuela frijoles; con ellos puedes disminuir lo picante del mole.

Casi nadie termina su comida, los más se la llevan, pero yo creo que tengo un hambre de varios días y la termino, su sabor es realmente delicioso.

Salimos del comedor porque hay más gente esperando turno, y después habrá más, poco a poco van llegando, mientras esperan, la banda no para de tocar y los danzantes incansables continúan en medio del patio.

Una pieza más y descansan, los músicos toman una cerveza y se preparan para comer.

Las cocineras y algunas meseras se han sentado después de servirles a los músicos, no son las últimas, pero los demás deben esperar su turno.

Los enmascarados siguen en medio del patio, de pie, con una cerveza en la mano, ahora los veo en descanso, no me había dado cuenta pero ahora es claro, no hablan, no se han dirigido la palabra entre sí, nadie les ha hablado ni se han dirigido a alguien con la voz, se comunican con señas, un movimiento de manos, un gesto; todo mundo los observa. Cuando han terminado su cerveza inmediatamente alguien recoge los envases y les lleva otra.

Son en verdad el alma de la fiesta.

Los músicos salen y nos despedimos, hay que llegar al centro del pueblo, a la explanada, al corral; los jóvenes se disponen a montar; de diferentes tamaños los toros son preparados; una correa apretada del lomo a los brazos es su atuendo; los enmascarados van en primer término, se escogen a los animales más grandes; todo está listo para el arranque, cada uno de los enmascarados tiene sus espuelas, al unísono se suben y son soltados, en medio del corral los dos toros con sus jinetes buscan una salida, las espuelas penetran el cuero, las heridas sangran, los toros saltan a más no poder, bufan; los jinetes se inclinan, con sus dos manos se agarran a la correa, toro y jinete parecen uno solo; la banda toca frenética, el silencio en el público es total, expectante.

Los toros van perdiendo ánimo, poco a poco llegan a una orilla, exhaustos, tristes, temblorosos. Una diana de los músicos marca el descenso, los enmascarados dan una vuelta en el ruedo, salen detrás de los animales, se reunirán a un costado junto a la banda, a continuar el baile.

Uno a uno los jóvenes montan los toros, diez, doce pasos y caen; la banda toca, el público grita.

Es media tarde, el sol se empieza a ocultar tras las montañas, tres horas de toros y el pueblo quiere más; pero ya han pasado todos.

Las máscaras y la banda se mueven; los músicos se acomodan en los arcos de la presidencia, los enmascarados en la explanada; ahora se inicia un baile, los enmascarados siguen en medio, pero las parejas bailan alrededor; el son abajeño, chilenas y zapateado marcan el paso, la noche ha caído, pero el baile sigue.

A lo lejos se escucha otra banda, viene bajando el camino, su música es diferente, festiva, como una marcha, pasa junto a no-

sotros, por el camino, los enmascarados los siguen, vamos otros tantos, llegamos al atrio de la iglesia, la banda entra al templo, tocan las mañanitas y otra pieza que desconozco, tal vez Bach, pero no estoy seguro.

Afuera un enorme castillo de juegos artificiales se ha erigido; en un rincón, lejos, descubro toritos con cuetes y luces; el toro es importante me digo.

Los músicos salen y empieza el baile en el atrio de la iglesia, la otra banda viene tocando en el camino, cuando están cerca los veo, no son los que han tocado en la tarde, son otros, entran en el templo, tocan y salen a la fiesta.

Llega la banda del pueblo y se alternan, se instalan en una esquina del atrio; ahora son tres bandas.

Todo está listo para los cuetes y luces; los toros salen primero, danzantes en medio del atrio se disputan el toro, lo piden, corren tras él, el que lo lleva lo cede un momento pero se integra a los solicitantes, sus luces son intensas, cuetes y busca-pies salen por doquier.

Son niños, los hombres son como niños jugando, y con fuego.

Después de seis toros, salen terneras, toritos para niños, con luces y cuetes pequeños; los niños que habían seguido de cerca los toros grandes, ahora lo piden, quieren cargarlo y correr.

Las bandas tocan por turnos, la música es continua; terminan los toros y se prende el castillo, se acompaña con explosiones que mandan al cielo una esfera de luces que se desintegra, una y otra vez, hasta el último cuete, la última luz.

El baile empieza, el humo se disipa poco a poco; los enmascarados recuperan su sitio, en el centro; corre el mezcal y el aguardiente, me siento ebrio, mis ojos están pesados y no me

puedo mantener derecho, mi cuerpo se mueve, en un vaivén lento, casi imperceptible.

Entre la gente los enmascarados salen, es medianoche, las campanadas de la iglesia lo dicen.

—Nos vamos, muchacho —dice la voz de Martiniano tras la máscara roja.

—La fiesta ha terminado —dice la misma voz en la máscara negra.

Un dolor creciente se ha apoderado de mi cabeza, salgo caminando, allá vamos los tres, en medio de la noche.

El gato verde

Me levanto en el bosque a mediodía, ¿qué está pasando?, ¿a dónde voy a llegar?; camino unos pasos, me detengo, veo a todos lados, no estoy seguro a dónde voy, pero por primera vez creo que sé algo o al menos mis pies lo saben, camino horas, a lo lejos se ve una columna de humo, estoy llegando, poco a poco se ven más y más y así me acerco a los techos de teja.

Cruzo las calles desiertas del pueblo, voy a la casa del bisabuelo; hay gente, me sorprende, dos grandes peroles afuera con lumbre me inquietan; apuro el paso, subo la pendiente.

Llego, nadie me dirige la palabra, me ven, se hacen a un lado, entro y mi bisabuelo está tendido en medio de la casa, su rostro sereno me llena de tristeza; ¿acaso esta pinche vida sólo es llanto?

Está envuelto en una sábana blanca, de manta; unos hombres entran, es hora me dicen, lo levantamos entre todos, lo llevamos en vilo, la manta blanca me une a ellos, vamos por el camino, la vereda, llegamos al río.

Lo recostamos en la orilla, le quito la sábana y con una jícara empiezo a bañarlo; al menos habremos de irnos limpios, dice Martiniano que está junto a mí dejando caer agua con sus manos.

Entonces descubro algo, todo es más sencillo de lo que pensamos: vivimos de recuerdos.

Y empiezo a contarle a Martiniano una historia que desde luego conoce mejor: yo nací en la Peña colorada, un paraje lejano donde se había ido a poner su casa el bisabuelo, era un día de agosto, con frío; seguramente serían como las diez de la mañana porque mi bisa decía que el sol estaba alto.

Este lugar es un filón de cerro; así, como si le hubieran quitado un pedazo, y en una pequeña planicie se instaló la casa.

Por la ventana se veía el horizonte, cerros abajo hasta que se perdían en la bruma. No tengo estas imágenes desde que uno cobra memoria, las he visto un poco más grande, desde los cinco o seis años hasta hoy en que puedo contemplar el vuelo del águila que se aleja.

Poco después de que cumplí un año murió la abuela, madre de mi padre, y una semana después la familia alzó las cosas y nos mudamos.

De vez en cuando venía al campo, a la casa de mi abuelo que ha sido habitada por mi bisabuelo; me sentaba a contemplar el anochecer, a escuchar el sonido del aire al pasar entre las agujas de los pinos, el aullar de los perros a lo lejos y la grillería por todos lados.

La casa es un cuarto inconcluso de adobe, a los lados es de madera, no tablas o tablones, sino tejamanil, tablitas delgadas; el techo es de dos aguas muy pronunciadas y también tiene tejamanil, desde hace más de treinta años.

Está orientada a lo largo de norte a sur, pero la puerta la tiene hacia el poniente; como hay cerros altos el sol se oculta temprano y hay que esperar la noche por un tiempo.

En esta casa quedan pocas cosas, lentamente se ha ido vaciando, hasta de recuerdos; uno de ellos está encerrado en un gato de plástico, una rareza, en verdad no lo recuerdo, y es extraño porque en el campo casi no había juguetes.

Antes había dos o tal vez más gatos, pero sólo recuerdo dos, uno verde y otro rojo, ahora sólo queda el verde, es un gato con las patas delanteras estiradas, sentado; como del tamaño del brazo de un niño.

Parece que hubieran sido varios gatos de muchos colores que se formaran para jugar un boliche; pero no tengo un solo recuerdo del juego, y si así fuera, ¿dónde chingados están los otros?

El gato es un animal noble, como en algunos años hubo plaga de ratas y ratones los gatos se cotizaron muy alto; pues se llegó a cambiar una cría de gato por una gallina gorda para el mole, hasta que llegó el veneno en polvo.

Mi gato, porque, ¿de quién más puede ser?, tiene los ojos grandes, las orejitas paradas y una sonrisa tierna, de niño; es feliz, a leguas se le ve que no sabe dónde poner tanta alegría, para no contagiarme, porque cuando se pierde la risa se pierde el encanto, lo saco pocas veces; y no es que esté guardado, porque no hay donde guardar nada, está escondido entre una viga y la pared.

Es un gato loco, nada qué ver con la pobre, y ésta sí triste, muñeca fea; es alegre y retozón, se pone contento cuando ve gente, ronronea y se talla entre los pies; salta sobre las piernas cuando uno se sienta, y no te da chance de que te saques de onda...

Sigo contando o quizá recordando, la noche será larga, me digo mientras paso un trapo para secar el cuerpo de mi bisa, después abro una pequeña botella de aceite, su cuerpo se ha enfriado, pero el sol se refleja en su pecho con este aceite que huele a paz, a tranquilidad.

Lo froto en el cuerpo, en los brazos, las piernas, los pies; lo dejo listo. Los demás se acercan, me ayudan a levantarlo y regresar a la casa, la cabaña, Martiniano viene detrás, levantando los pies. Subimos la cuesta y sudo; entramos, la oscuridad casi es total, lo tendemos en medio sobre un petate, lo cubrimos con su manta y poco a poco se prenden las velas, las veladoras, la luz es el último camino que esperamos.

En el corredor hay una viga que hace de banca, los hombres esperan, todos mayores, con rostros duros, aquí la muerte es lo más natural.

Hay que hacer la sepultura, oigo la voz de muy lejos, nos ponemos en camino, mi bisa tiene un azadón y una pala, las tomo y me enfilo al panteón, los hombres van conmigo, otros van a sus casas por herramientas.

El panteón está a orilla de camino, lo delimita un corral de alambre de púas, es como un paso entre dos cerros, a los lados se ve el paisaje hacia abajo.

—Donde quieres que se entierre —dice una voz.

—Donde sea es lo mismo.

—Por acá —dice Martiniano.

Es el oriente, donde sale el sol, empezamos a cavar, lo hago sin ganas, recuerdo a mi bisa riendo, jugando, serio, me da un abrazo... y las lágrimas fluyen mientras levanto la pala.

Regresamos a la casa, la tarde parece interminable y la noche es más; no hay que dejarlo solo, dice una voz, en la noche se acerca la cosa mala.

Las mujeres entran, rezan un rosario, los hombres guardan silencio.

A medianoche dan café con pan. Todo el día han traído cosas: maíz, frijol, chile, café, pan, arroz, sal, aceite...

El pozole se está cociendo para el desayuno.

Me siento en la viga, me recargo y cierro los ojos... ya no hay nadie, me he quedado solo... una risa alegre me despierta, la reconozco, es de mi bisa, abro los ojos, ahí está, sentado junto a mí, pero estás muerto, le digo, el sólo ríe y me abraza, se levanta y sale del corredor, lo sigo, se aleja por la vereda que llega a su

casa... todo ha terminado, dice una voz, es Martiniano, me despierta, ya está amaneciendo.

A mediodía salimos con el cuerpo, tres músicos tocan una pieza lastimera, el clarinete, el sax y la tuba; nuestra banda también está muriendo.

En el panteón dicen un rosario, después los músicos tocan *Tampico hermoso*.

Se acabó mi bisa, digo y no sé qué hacer, ¿qué más decir?

La gente empieza a irse a sus casas y yo a la del bisa, algunos me acompañan recogen y limpian; lavan platos, ollas, peroles; cierro una ventana pequeña de madera, pongo los botes, cubetas y ollas hacia abajo; extendiendo una sábana sobre el catre de mi bisa y salgo.

Uno a uno se despiden con afecto, Martiniano se acerca, me tiende la mano, ¿te vas o te quedas?, me pregunta, me siento en la viga, voy a esperar un rato le digo y cierro los ojos... cuando los abro ya se ha ido.

No tengo nada, sólo un poco de dinero que se ha juntado en un plato, monedas de cinco y diez pesos, billetes de a veinte y dos o tres de a cincuenta.

Jalo la puerta de la casa, la abro con una cuerda, meto mis manos en los bolsillos y voy camino abajo, es media tarde, el aire fresco acaricia mi cara.

—Mío mi papi, Che —escucho su voz y su risa que se pierde a lo lejos.

Me he quedado solo y voy de regreso a cualquier parte.

Una camioneta de redilas viene despacio, ha venido a vender pan, le hago la parada y me sube. Con los últimos rayos del sol llego a la terminal, no sé cómo pero mi mochila está en un rincón, es la terminal de pueblo: un cuarto. Adentro hay bultos

de maíz, tablas, canastas, botes y mi mochila, la agarro y me recuesto en el suelo, me la pongo en la cabeza y me duermo un rato.

Con el aire de los frenos del autobús me despierto, suben los pasajeros, me acomodo en mi lugar, y volteo a ver al pasajero de al lado, es una señora, lleva una cobija, se dispone a dormir.

Cierro los ojos pero el sueño se ha ido, tardará hasta medianoche, pero llega.

A las seis de la mañana el autobús viene por Chalco sobre la autopista, pasamos el siquiátrico de Santa Catarina, bajamos a Cárcel de mujeres, es miércoles y no tengo nada qué hacer.

Me bajo en el tianguis de Santa Martha, un atole de arroz y un tamal en su telera son mi desayuno —de mole, por supuesto—, voy con mi atole y mi torta entre la gente, de este lado están las chácharas, algunas son marca *acme*, pero la gran mayoría son *Roberts*.

—Chale, tan lejos y tan cerca —me digo con el último trago de mi atole.

Aquí está el de las monedas, a un lado tiene figuras de alambre de cobre: un alacrán, una rana, un chapulín; sus manos diestras mueven el alambre de un lado a otro, su gorra envejecida de las chivas le cubre el rostro, veo las monedas de a veinte centavos mientras acaricio la mía dentro de la bolsa del pantalón, todas son de 1967.

—Llegas a tiempo, muchacho, el día apenas comienza.

La voz de Martiniano de pronto me ha dejado inmóvil, poco a poco lo busco a mi alrededor, en la orilla de este hormiguero donde me estoy haciendo hombre.

De vuelta a miNezota

Doy vuelta y no encuentro a nadie, seguro lo he imaginado.

Vuelvo a ver al señor de las monedas, sus manos siguen bajando, busco otra vez a Martiniano entre la gente, pero no hay nadie, entonces me concentro en el señor con su gorra de las chivas, mientras lo veo levanto un alacrán y pregunto cuánto; él sin mirarme dice: caro, muy caro; me río, no es la voz de Martiniano, pongo el alacrán en el suelo y estoy a punto de irme; dame diez pesos, me dice, los estoy dando a veinte.

Meto la mano en los bolsillos, tengo como ochenta pesos, para qué le voy a dejar diez; luego paso, regreso –le digo– me doy vuelta y tres pasos adelante la voz de Martiniano dice: siempre regresamos.

Volteo, nadie me ve, todos están en lo suyo y camino, el rumor de la gente es más fuerte.

Todo pasa así, sin que nadie se dé cuenta, eran esos días en que iba a la primaria y el maestro nos dijo que el sol era una estrella envejecida, que gran parte de su vida se había consumido y llegado el momento moriría, me sentí angustiado y pensaba cómo sería la vida sin el sol, moriríamos pensé, todo terminaría, la idea de la muerte sin el sol me mantenía en la zozobra.

No quería morir.

La ansiedad se apoderaba de mí y esperaba el momento del fin, no podía preguntarle a mi madre cómo sería eso, se preocuparía.

Les decía a mis compañeros sobre el fin del mundo y se reían, cómo crees, el sol no se va a acabar, al menos nosotros no lo veremos, pero la angustia seguía, la idea de que desapareciera todo lo que me rodea era terrible, no podía dormir, es decir, en

las noches me vencía el sueño, pero de pronto despertaba en la oscuridad sudando y así me quedaba hasta que el sueño llegaba otra vez.

Siempre hacen falta unas cebollas, llevo unas papas, chiles verdes y jitomates, mi madre hacía una salsa roja en su molcajete, ponía a asar los jitomates, chiles, cebolla y un diente de ajo; les daba vuelta, se chamuscaban de su cáscara, los chiles se inflaban y empezaban a despedir un olor dulce, picante, luego los ponía en el molcajete, una pizca de sal gruesa de mar y los aplastaba con el tejolote, uno a uno, después los empezaba a moler con una rapidez frenética, el olor era lo primero que nos llenaba.

Cuando mi madre hacía tortillas era un festín, apenas cocidas se ponían en el molcajete para que se impregnaran de salsa, y humedecidas iban al plato, los dedos se llenaban de salsa al comerlas, luego el ritual de chuparse los dedos, era la señal de satisfacción.

Pero yo sólo hago la salsa en la licuadora, también pongo a asar los ingredientes, pero todo va a la licuadora, y la sal ya no es de grano, ahora es de El elefante.

Me gusta venir al tianguis, caminar entre los puestos, oír los gritos de los marchantes, probar las frutas antes de comprarlas; los supermercados me asfixian, los productos toman un aire de museo, no se antojan esas manzanas de *guachinton*, o las piñas de *jaguay* o los plátanos de Panamá.

En el tianguis también están las frutas nacionales, las de los pueblos vecinos, las importadas, hay para todos los gustos; más allá está la sección de los plásticos, la ropa, los zapatos, los tenis; pero en el tianguis encuentras diversidad, calidad y precios, no sólo la cebolla en su temporada o el jitomate que casi se está echando a perder por la humedad; están las cosas usadas, las chácharas.

Ahora sólo llevó para comer unos días. Ah, me falta el huevo, he de tener un poco de aceite, tengo güeva de pensar; me voy al Salado y espero mi pesero mejor me voy en metro hasta Tepalcates; ahí es más rápido, tomo el pesero que se va por la calle siete, primero la mugre, aquí se ponen los ambulantes, pero después está limpio, más o menos; así voy siempre, a las pendejas, hasta que llegamos al bordo, siempre me ha gustado vivir aquí, me cai que sí.

El pesero me deja en la Once y Juárez, tengo que caminar diez minutos, en la esquina está sentado el Dólar, echándose una *Victoria*, es la una de la tarde, en otro tiempo el rey del barrio, pero ahora el Dólar tiene su bicitaxi; lejos quedaron los días de gloria.

Cuando mis jefes nos trajeron esto era un polvorín; cierto, el polvo se levantaba a veces por horas, el sol se ponía gris, pero la banda tenía la mecha prendida.

Oye José, dice el Agüita que te va a partir tu madre, porque siempre andas con las manos en los bolsillos y te estás rascando los güevos, pero más que más, porque eres un puto, te espera a la salida en el deportivo.

El deportivo era un páramo de sal, más allá el bordo, todos los sábados y domingos había partidos de fut, primero los grandes, luego nosotros, a veces no nos daban chance, aunque casi siempre se ponían a chelear a las tres o cuatro.

Yo no quería ir, mi corazón estaba tun, tun, tun... pero lo que sí me encabronaba era que me dijeran puto, puto su padre y puta la madre que lo parió.

Cuando salí de la escuela me enfilé al deportivo, llevaba mis cosas en un morralito del mandado, iban conmigo el Geras y Serafas, toda la escuela estaba esperando.

—Les dije que no iba a venir el puto, pero ya se chingó.

El Agüita se quitó la playera y empezó a bailotear, ya habían hecho un círculo, esperaban ver sangre y la vieron.

El Agüita era duro, correoso, yo más bien bofo y sacatón, pero me paré enfrente, levanté las manos y me dispuse a caer como los hombrecitos, le di dos o tres chingadazos, pero él se movía rápido, en realidad sólo eran rozones; me dio un gancho a la panza y me sacó el aire, poco a poco me fui doblando, caí de rodillas, todos hicieron un silencio, mientras yo estaba ahí, de rodillas agarrándome la panza; el dolor era insoportable, pero no podía jalar aire, abrí la boca lo más que pude, pero el aire que estaba ahí, por todas partes, no llegaba, me fui doblando más y mi cabeza tocó la tierra mientras festejaban al Agüita.

Poco a poco el aire entró por mi boca, primero un traguito pequeño, luego dos, ahora los pulmones no podían meterlo, pero se fueron llenando; levanté la cabeza y el silencio llegó, el Agüita volteó a verme.

—Ya ven, les dije que no me iba a durar el puto.

Entonces me empecé a levantar, no era el mismo, un odio intenso se apoderó de mis ojos; rojo por la falta de aire, ahora estaba caliente, mis pulmones tragaban aire como los toros, casi bufaba, me fui contra él y le di dos, tres puñetazos en la cara, en el cuerpo; por un momento no supo qué hacer, se iba para atrás, los demás se abrían mientras le golpeaba el rostro, el estómago, quería que quedara tirado, así como yo había estado, sin aire.

Pero de pronto se plantó, primero esquivó los golpes, él también estaba encabronado, mandó un derechazo directo a mi cara, todo se oscureció, otra vez llegó el silencio.

Cuando abrí los ojos estaba ahí, viéndome, la sangre que había brotado de mi nariz como el agua en los bebederos de la escuela, lo había salpicado, ahora una capa coagulada cubría mi

boca y bajaba por el cuello; el Serafas y el Geras ayudaron a levantarme, ahora sí se te quitó lo puto, dijo el Agüita, y se fue.

Llego a la casa, la casa que mis padres construyeron quien sabe cómo, es una puerta pequeña, azul, de esas de herrería que se ponen en los cuartos, pero como da a la calle, en lugar de vidrios tiene láminas de metal, tengo la llave original, una *filips*, amarillenta, los dos cuartos están como si apenas me hubiera ido:

La silla verde, una mesa de madera que tiene una quemada en el centro, alguna vez una veladora se consumió hasta el fin, el calor quebró el vaso y se derramaron la cera y las llamas, no sé cómo se apagó, ahora tiene un mantel viejísimo de plástico, rojo, con manzanas y flores; la estufa *Acros* que en lugar de horno tiene un gabinete para poner ollas y sartenes; un trastero de madera, algunos vasos y platos, así como varias botellas vacías de refresco y cerveza.

La puerta bandera da al patio donde alguna vez hubo rosas, geranios, claveles; cilantro, epazote, hierbasanta; manzanilla, hierbabuena, tomillo; y más allá el lavadero y el baño; pero ahora no hay nada, la mala yerba ha sentado sus reales, y no precisamente la *Canabis sativa*, cualquier otra, sin oficio ni beneficio.

Ahora no salgo, voy directo a la cama, sólo hay una cortina entre esta cocina y el cuarto, un viejo camastro con un colchón *Lamas*, una silla con libros y cuadernos viejos, regados por el piso unos tenis, unos huaraches, una pesa de cemento —de esas que se hacen con botes *Nido*— y más botellas.

Hay un ropero desvencijado, pero la ropa está hecha bolas, en las paredes conservo algunas fotos de la familia, cuando éramos niños, de mi madre y padre jóvenes, de mi abuelo; se conjugan con los afiches del Ché, Marcos, Morrison, Springsteen y otros más de películas.

Una pequeña ventana deja entrar la luz, me acuesto y cierro los ojos.

Ni el Agüita ni nadie más me la hicieron de pedo, yo siempre pensé que porque me podían madrear en un dos por tres, aunque mis cuates decían que por aferrado, lo cierto es que algunos de los más gruesos, me saludaban con un ¡va que va, mi chavo!

Cuando me levanté de esa pelea, ya no hubo tantos festejos para el Agüita, más bien la mayoría estaba en silencio, fui a buscar mi morral, pero ya no estaba, en el desmadre había desaparecido; entonces extrañé mi morralito, de esos del mandado, antes de que empezaran a hacerlos con un tirante o reforzados, mi morralito era para echar papas o calabazas, pero ahí estaban mis libros, mis cuadernos y en una bolsita de plástico mis dos lápices, el chiquito y el nuevo, que yo había dejado hasta que no pudiera escribir con el otro.

El Serafas sacó de su casa una bandeja de plástico con agua. Me lavé, pero tenía la nariz rojísima y la ropa llena de tierra, mi madre me regañó y listo, pero cuando le dije que había perdido el morral, sacó una vara y me dio, como si fuera un pecado capital; seguro aún lo siente la vara.

Fue la primera vez que no quise ir a la escuela, recorrimos la colonia preguntando por mis libros, y nada; mi madre fue a hablar con la maestra y me recibió con un nuevo cuaderno y un lápiz, pero ni ella ni la directora podrían conseguirme los libros.

No sé cómo, pero un día mi madre los encontró, no eran los que había perdido, pero se hicieron míos.

Al salir de la escuela, mi madre me esperaba; raro, pensé que algo había pasado, pero no era algo malo, mi madre había encontrado unos libros, me llevó caminando en silencio ocho cuerdas, tocó la puerta de una vecindad y entramos, un patio de

tierra por donde pasaba un hilito de agua jabonosa, llegamos a un cuarto con techo de láminas de cartón y mi madre saludó.

Una señora salió y nos invitó a pasar. Así que tú eres el que necesita los libros, dijo y se me quedó viendo, yo sólo moví la cabeza, me sentó en la cama y fue por una bolsa de plástico, son de Ismaelillo, mi nieto, se lo llevaron la semana pasada para el norte; se puso triste y dejó salir unas lágrimas, sólo quiero que me prometas que vas a estudiar siempre, que pase lo que pase vas a ser un hombre de provecho.

Un nudo en la garganta me oprimía mientras veía sus profundos ojos negros.

Sí, le dije, me acarició la cabeza y me despidió con un *ándale pues*.

Cuando salimos de la casa, un viejito estaba sentado en una silla de madera para tomar el sol, preparaba un cigarro de hoja con papel arroz, se me quedó viendo y me dijo:

—Te enchuecaron la nariz.

Yo me llevé las manos a la cara y la toqué, la tenía dolorida.

—Así nomás, por nada —volvió a decir.

Agaché la cabeza y seguí caminando, le agarré la mano a mi madre.

—Si no te procuras tú, ¿quién? —alcanzó a decirme todavía.

Abrí los ojos, ya estaba oscureciendo, me metí a bañar con agua fría, mi cuerpo tembló con el primer chorro, sólo me lavé con jabón, la cabeza, las axilas, los güevos, los pies: salí rápido.

Me puse la playera con el letrero que dice “estoy pensando cómo partirte la madre”, pantalones de mezclilla y una chamarra vieja de piel.

La calle se estaba iluminando con los faroles, llegué a la Once y Juárez, el Dólar y sus cuates estaban sentados en la banqueta, sus bicitaxis esperaban,

—Te habías pintado de colores un rato, ¿verdad? —dijo el Urko, se levantó a saludarme.

—Un chico rato —le dije.

—¿Cuándo nos echamos unas bien muertas?

—No sé, a la mejor el lunes, ahorita voy al camello.

—Va que va, te mandó saludar Rosita, que te mandaba un beso.

—Ya vas barrabás.

Me subí al pesero que estaba por salir, me acordé de Rosita, un travesti del Mamá Pulpa, un congal de mala muerte que estaba sobre la López.

Llegué a la Bohème al filo de las ocho, aquí en la Zaragoza, a unos pasos del extinto metro Aeropuerto, hoy Boulevard.

El Gordo ya había limpiado las mesas, el bar estaba en su punto, pocos parroquianos, pero fieles.

—¡Qué cabrón eres! —me dijo el Gordo— habías dicho unos días, no unas semanas.

—Imprevistos —le dije, me acomodé mi delantal y me fui a la barra.

Abajo estaban dos libros que me habían prestado en la universidad, con su debido separador por la mitad.

—Sale, pus ai te ves —dijo el Gordo— hasta que me voy a ir temprano.

—Préstame unos cien varos, ¿no? —le dije, se me quedó viendo con su risita de no mames.

—Sólo traigo una Juanita y cambio —sacó el billete y me lo dio.

—¿Y cómo está tu ancestro?

—Se fue al cielo de los abuelos.

—¡Ay!, no mames, ¿neto?, cabrón.

—Sip.

—Qué mal pedo, pero ya estaba mayorcito, ¿no?

—Ciento seis años.

—Órale, mi jefe se felpó a los 60, que te sea leve.

Me dio una palmada en el hombro izquierdo y se fue, yo me quedé con los codos en la barra, apoyando mi cabeza sobre las manos. Afuera pasaban pocos carros y la noche empezaba a consumirse.

Entró un señor con sombrero de fieltro, se acercó a la barra y pidió un tequila.

—Hasta que llegaste —me dijo.

Me le quedé viendo a la cara, ¿y este güey quién es?, sonrió y lo vi en sus ojos, eran los mismos ojos de Martiniano.

La noche es de todos

¿Soy o me parezco?, dice el hombre, agacho la cara y limpio la barra. Todos nos parecemos, señalo como quien no quiere la cosa, vuelvo a verlo, se parece, ahí está con su sombrero de los cuarenta a la Eliot Nest, su pelo que deja ver el sombrero es cano, casi completo; moreno, de unos sesenta años, ¿lo he visto en otra parte?, me pregunto, pero no sé dónde.

Se divierte, a leguas se ve que se divierte, lentamente toma su tequila; a poco no te acuerdas de mí, dice y una sonrisa lo confirma todo, es él, el Martiniano que vi en su casa, casi sin moverse, estaba ahora frente a mí, alegre: he venido por ti.

Iba en la secundaria, la técnica, mi uniforme lo había hecho mi madre, con su vieja Liberty, pero no el suéter que compramos en el tianguis de Santa Martha; era guinda, después me di cuenta que era el color de la sangre, y no esa roja que dicen todos. En las tardes regresaba con Tiquío. Por qué te pusieron ese nombre, le pregunté un día, no sé, me dijo, me lo puso mi abuelo porque su hermano se llamaba así, allá en *Michigan*, de Tacámbaro a Pedernales.

Cuando hicimos el examen de la secun, entramos juntos, después nos quedamos en el mismo salón, a veces íbamos al parque, sobre Sor Juana, nos pasábamos la tarde platicando de cosas extrañas, a veces nos reuníamos con Barrera, Pedro, Marco y el Limones; otras más íbamos a ver a Martha, Leticia o Reyna, varios días quise decirle a Leticia que me gustaba, que fuera mi novia, pero guardé silencio, como siempre.

Ese jueves, en la esquina de la secun había mucha gente, el sol estaba en su punto, casi las dos de la tarde, me abrí paso entre

la gente y ahí estaba, era Tiquio, encogido, agarrándose la panza, tirado en el suelo, temblando, con los ojos perdidos; un aire frío se apoderó en mí, caí de rodillas junto a él y poniéndole la mano en la cabeza le grité ¡qué te pasó, cabrón!; no pudo hablar, el charco de sangre se hacía más grande y sus movimientos se iban apagando.

Fue el hermano de la Tota, decían todos, lo estaba cazando: He venido por ti, le dijo y le enterró la punta seis, siete veces en el estómago, después caminó por la Once y se perdió.

Llegó el director, lo cubrieron con un mantel y esperamos tres horas para que lo levantaran, entonces lo vi, la sangre de mediodía es guinda, como mi uniforme.

—¿Martiniano?, ¿qué hace aquí? —le pregunté sorprendido.

—Aquí vivo —me dijo y empezó a reír, ahora con ganas— pero no te preocupes, tómame tu tiempo.

No sabía qué decir, lo veía, pero no me salían palabras, fui a limpiar las mesas, es un día flojo. Me asomé a la calle, poco a poco dejaban de pasar los autos, la Zaragoza a esta hora es otra.

Regresé a la barra y me pidió un cigarro, yo le ofrecí de los que tenemos en la copa, unos *Bohemios* sin filtro, pero no lo quiso, dame uno de los que traes en la bolsa, saqué los *Faros* y le di uno, puse la cajetilla sobre la mesa y le acerqué el fuego, después encendí el mío.

Son los mismos, los *Faros* no cambian, dijo, y tomó la cajetilla roja, ahí en medio estaban los dos faros, tres embarcaciones de vapor en el mar y en primer plano un hombre, fumando, desde luego, levantándose el sombrero, creo que de tipo inglés.

La noche es tierna, me dijo, sonrió y me pidió otro tequila, tómate uno a mi salud. Lo serví y me lo tomé de un trago, el calor empezó a bajar por mi garganta.

Puedes llegar lejos, me dijo y dio una fumada a su cigarro de papel arroz.

No entramos a la escuela, caminando llegamos a la casa de Tiquio, unas láminas de metal hacían de zaguán, el patio era pequeño y en medio de él salía un hilito de agua jabonosa, su madre estaba lavando: afuera en la calle, un pequeño arroyo de agua sucia corría hacia el fondo, al menos la tierra no se levantaba con el aire.

Cuando nos vio parados en la puerta cerró los ojos, se agachó y se agarró la cabeza, no, dijo, no, no, no; el prefecto entró y le dio la noticia, no dijo nada más, sólo fluían sus lágrimas.

El mismo Tiquio me había contado, el fin de semana pasado su hermano había participado en una madriza, ahí cayó muerto la Tota.

Era el reven en ca' Julia, sus quince. Llegamos todos, el Marco, Pedro, Barrera, Tiquio y yo; todo normal, como siempre cerraron la calle y pusieron una lona, muy acá; un sonido de un lado y los Gatos por el otro, la misa fue en el Sol, pero nosotros no fuimos, sólo llegamos al baile; a las ocho de la noche échate el vals, el Danubio o algo así, luego los chambelanes salieron de sombrero y ella con unas mallas: todos de negro; se reventaron un tango, después una cumbia y terminaron con un rocanrol.

Lo clásico, su padre bien persa dio el agradecimiento y presentó a su hija en sociedad; dieron el pastel y empezó el baile poca madre, el sonido parecía de la Changa en sus mejores años.

Se armaron los putazos al filo de la medianoche, la Tota era el amo de las cumbias, nada de pasito tun tun, le hacía de a brinquito, dos pa' acá y tres pa' allá. Pero Ulises, el hermano de Ti-

quío, la armaba en la quebradita. Siempre había pedos porque la Tota era del lejano oeste, cerca de la siete, y el Ulises de acá de este lado.

Bueno, pues ahí, en medio de la fiesta, se dieron el primer round, entre gritos y sillas que volaban de un lado a otro; la Julia pidió una tregua, nadie hizo caso, pero cuando oyeron los balazos, se hizo un silencio total, todos se quedaron sin respirar, poco a poco voltearon a ver dónde era el pedo, en la puerta de la casa estaba el jefe de la Julia con una escuadra: ¡ahorita mismo se me van a chingar a su puta madre!, a ver ¿quién dijo yo?; nadie se movió, poco a poco se fueron separando los bandos y salieron, uno por donde estaba el grupo, los Gatos, y otros por el sonido; los demás nos quedamos esperando y entonces dijo: a ver, ustedes culeros, a bailar, pongan la música; y siguió el baile.

Dos cuadras más al oeste, se dio el segundo round, el último, ahí estaban la Tota y su banda, jugando con sus cadenas, puntas y cuetes: esperando. Los otros se fueron acercando poco a poco, cubriendo toda la calle: ahora si te va a llevar tu puta madre, Ulises, dijo la Tota y sacó su navaja; va, tú y yo, solos, dijo el Ulises y sacó la suya, entonces empezaron a medir el terreno. No duró mucho, el Ulises terminó con una herida en el brazo izquierdo, otra en el rostro y una más en el hombro, la que sangraba abundantemente; pero la Tota se fue doblando sobre sí mismo y cayó con el fierro en el estómago, no volvió a levantarse, todos salieron corriendo, hasta los que venían con él.

Nosotros nos habíamos quedado en el baile, pero el Ulises se lo contó a Tiquio en la mañana, cuando preparaba sus cosas: una mochila con playeras y dos pantalones, se fue a Tijuana, dijo que se iba al gabacho.

Es media semana, cierro a las doce, a veces antes, cuando el último parroquiano se va; salgo con este Martiniano que se ha convertido en mi sombra, caminamos sobre Zaragoza, no sé a

dónde ir. Vamos al metro, me dice y lo sigo, en esta noche no titritan azules los astros, a los lejos sólo se ve un resplandor anaranjado, alguna luz perdida en el firmamento y nada más.

Salimos en Pino Suárez, los puestos callejeros de tacos, en su punto, caminamos sin rumbo fijo, creo hacia el centro; pasamos por una cantina y entramos, la noche es larga, me dice, y pide una *Victoria*, que sean dos, le digo al mesero y esperamos, sigo esperando, no sé qué, pero sigo esperando, pienso que es lo único que he hecho toda mi puta vida: esperar, que por casualidad saque diez en el examen, que sea seleccionado para estar en la escolta, no sé por qué, pero me hubiera gustado; esperé hasta que Julieta Venegas hizo su rola: quiero saber si quisieras andar conmigo, ¿la habrán escuchado Leticia, Alma, Juanita?, nunca pude decirles esta boca es mía y éste mi corazón; esperé y sigo esperando.

Entre todos barrimos el patio, por aquí pasaba todos los días Tiquio, alguien consiguió una lona, es de esas de costalito, la ponemos pero sólo cubre cuatro o cinco metros, si llueve no servirá de nada, acomodamos en el piso tabiques y unas tablas para que la gente se siente, llegan poco a poco los vecinos, traen café, pan, cigarros, ron, y un poco de dinero; se ha juntado lo suficiente para su ataúd de lámina, con cristal en el frente; el cuerpo de Tiquio llega al filo de la media noche, algunos tenemos el uniforme guinda, nos acercamos al ataúd y levantamos la tapa, el rostro de Tiquio se ve tranquilo del otro lado del cristal, nosotros no podemos contener las lágrimas, es él, jugamos juntos, era de nuestro equipo en las exposiciones, casi siempre anotaba un gol o hacía la jugada cuando íbamos contra los del D o el B; a veces un poco reservado, su última novia era Estelita, terminaron el mes pasado y ahora ella está aquí a su lado llorando, como nosotros.

Orfandad y desamparo, no tenemos otro sentimiento, las señoras se reúnen y empiezan un rosario que parece interminable, la noche es fría.

Ya me quiero ir, le digo a Martiniano, él sonríe. Quiero que todo acabe, estoy hasta la madre, quiero ir a la escuela, despertarme tranquilo, sin sobresaltos; tener una novia, una amante, un cuerpo tibio que me abrace, un remanso; que escampe y vuelva nuestra esperanza.

Enciende un cigarro y se me queda viendo. Aprendemos muy poco —dice y deja salir el humo.

Saca unas monedas y las deja en la mesa, se levanta y lo sigo; caminamos hacia el centro, ya no hay nada abierto, la tranquilidad en la calle parece absoluta. Un anciano con un costal y su cobija se acomoda en una entrada, más adelante hay otros dormidos en los quicios, los recovecos.

Donde quiera que vayas nunca estás a gusto, me dice, hay que empezar por alguna parte.

Me encojo de hombros y sigo caminando, no te preocupes tanto, al final todos llegamos, ahí está nuestro destino, esperándonos.

A mediodía salió el cuerpo de Tiquio, la misa fue un llamado a la paciencia, en contra de la venganza, a favor de la vida.

Pero nosotros estábamos llenos de odio, los del oeste tenían prohibida la entrada a nuestro territorio, ese fue el acuerdo, si vienen, chiquita y no se la iban a acabar: no se la acabaron.

El panteón era un lugar muerto, con sus granitos de sal la tierra yerma no dejaba crecer nada. Así fue el último adiós a Tiquio. El siguiente lunes me preguntaba cuál era su banca,

seguramente había hecho la tarea de matemáticas y habría sacado diez, estoy seguro.

Sí, dijo Martiniano, de pronto podemos sacarnos un diez; habíamos llegado al zócalo, la bandera, inmensa, ondeaba en el asta; la catedral estaba iluminada, colorida; lo mismo que el Palacio Nacional. Un perro pasó presuroso junto a nosotros, cruzamos la explanada, salimos por la esquina del Templo Mayor, estaba cerrado el metro.

Saqué otro cigarro y se lo di, quedaban tres, tomé el mío, lo encendimos así, caminando hacia el norte.

Mañana tengo que ir a la escuela, sólo he perdido un par de semanas, ¿en verdad las he perdido?, volví a preguntarme, una sonrisa se fue dibujando en mi rostro, pude sentirla, si no es mañana, ¿cuándo?, así es la noche me dije y volteé a ver a Martiniano que iba en silencio, pero no había nadie. Ya aparecerá —me dije— a todo nos acostumbramos.

De tin marín, la escuela que sigue

Estoy parado aquí, sobre Guatemala, a mi izquierda está la parte posterior de la Catedral, a mi derecha el Templo Mayor, enfrente unos locales antiguos que anuncian imágenes, cáliz, ceras, etc.; puedo caminar sobre Argentina, pasar enfrente de la SEP, llegar hasta la Lagunilla y esperar el camión sobre Héroe de Granaditas, pero si ya no pasan, habré caminado en balde casi diez cuadras y después tendré que regresarlas.

Así es esto, a veces sólo te vas por el camino más largo por nada; espero unos minutos mientras chupo mi farito, una ventisca levanta las bolsas de plástico regadas en la calle, la basura por todos lados es la señal de que terminó el día.

Pasa una anciana jalando un carrito, su anafre lleva las patas para arriba, da vuelta sobre el pasillo que sale en Argentina, la dejo caminar unos veinte metros, la sigo; ella se detiene en Justo Sierra, frente a la antigua librería del señor Miguel Ángel Porrúa, voltea y me dice:

—¿Qué se te perdió?

—Nada —le digo.

—¿Por qué me sigues?

—Sólo voy a mi casa.

—¡Sí cómo no!, ésta es la casa de todos —dice mientras extiende el dedo medio de su mano derecha y encoge los otros.

Me río, sigo caminando sobre Justo Sierra, frente al colegio de San Ildefonso, el rechinar de su carro sigue avanzando sobre Argentina.

Eran esas semanas en que iba en tercero de la secund, uno se la pasa así, sin la menor preocupación, con Pedro, Marco, Barrera, nos dábamos vueltas por el jardín, las tardes; subíamos por el bordo con nuestras bicicletas o a veces íbamos a ver a Martha, Leticia o Reyna; a los trece o los catorce; ellas nos invitaban a pasar a sus casas, nos ofrecían una taza de café y conversábamos.

Los cursos tenían cuatro meses de haber empezado y nosotros ya casi veíamos su fin, entonces algunos compañeros decían que teníamos que hacer algo para la salida, se pensó en una fiesta, en una misa y cosas por el estilo.

Pero de pronto alguien preguntó: ¿qué vamos a hacer después?, no habíamos pensado en eso, bueno, cuando nos reuníamos a jugar y alguien preguntaba qué te gustaría ser de grande, era otra cosa, a mí se me ocurrió decir que presidente de la república, las risas no se hicieron esperar, pero otros habían dicho que bombero, maestro, licenciado, doctor o director de una empresa de computación que diseñe un sistema operativo amigable que se llame ventanas; pero la verdad es que no tenía la menor idea de lo que me esperaba.

Entonces, algunos nos dimos a la tarea de preguntar por las escuelas de nivel bachillerato, las opciones eran diversas: la Prepa, la Voca, el Bacho, el Conalep, la Normal de maestros, Chapingo. Pensé que todas las puertas estaban abiertas, y de alguna manera así es, pero la realidad es muy distinta.

Empezamos a descartar, el Bacho y Conalep no me latían, porque el primero no tenía a dónde ir después, como la Prepa o la Voca, y el segundo porque era terminal, o sea que ya no podías seguir estudiando.

En cuanto a la Normal, no me agradaba la idea de lidiar con cincuenta mocosos que sólo entienden a gritos y palos; la Voca se me hacía muy técnica y muy matada y yo, realmente no quería complicarme mucho.

Así que hice examen para Chapingo y para la Prepa; uno tiene que ponerse a estudiar, porque nada es así que llegas y te dicen pásale, pero yo no moví un dedo, bueno, sí revisé un poco y abrí algún libro.

Pasaban las semanas y cuando ya íbamos a salir de la secun empezó la inquietud, ¿qué vamos a hacer después?, varios habíamos ido a presentar examen, pero ¿si no te quedas?, ¿si eres de los rechazados?; la sombra de los rechazados se empezó a apoderar de nosotros; ¡está cabrón!, era la época A.C. o sea antes del comipems, esta mega organización que al final decide tu futuro mandándote a cualquier escuela o también a la chingada.

Uno tiene, pues, el asunto de terminar sus cursos, de por sí había en nuestro grupo al menos dieciocho que no iban a salir, que debían materias, desde primero algunos, y otros de segundo.

El maestro de química, nos decía: ustedes son escoria, para qué quieren seguir estudiando, son unos pinches animales sin inteligencia, yo los he visto con estos ojos, cada año es lo mismo, sueños guajiros y más sueños, pero unos días afuera, la realidad los sienta: serán ayudantes de albañil, de plomero, de azulejero, de electricista, de talabartero, de tablajero, etc., pero sólo ayudantes.

Después subirán a los micros y tomarán venganza de esta sociedad que los ha mantenido en el olvido. Las mujeres quedarán panzonas en semanas, las que tengan suerte se casarán a fuerza, sus padres adelantarán todo, las otras no, serán madres solteras. Yo las he visto cuando salgo de la escuela, van al mercado con tres, cuatro niños; siempre abrazando al más pequeño.

Los hombres se van a sentar en las esquinas, con su *Victoria* o su carrujo, fumando, lanzando leperadas a diestra y siniestra; deteniendo a cualquiera, bajándole cinco, diez morlacos para un trago.

Con uno solo, uno me basta, que llegue y me diga, maestro, ya salí de la universidad, del politécnico; pero de los casi veinte años que llevo dando clases, no he visto a ninguno, ya no hay remedio, ustedes nacieron para macetas.

Entonces nos hacíamos chiquitos en nuestras bancas, pensábamos que el destino ya estaba escrito y que nadie podría salir vivo de aquí, de este páramo de sal, de polvo y de muerte.

Recordaba a Tiquio, la Tota o el Agüita, que había sido alcanzado cuando asaltaban con su banda un chimeco, todos corrieron, pero atrás de ese chimeco venía otro, alguien disparó de la ventana, el Agüita no llegó a la esquina, cayó fulminado, con dos relojes y tres bolsos de mano; así lo encontraron sus familiares.

Sigo caminando hasta Mixcalco, deben ser las dos de la mañana, el escuadrón de la muerte ha sentado sus reales sobre plaza Loreto; camino con las manos en los bolsillos, el aire empieza a refrescar; un grupo de niños me sale al paso, han salido de Jesús María; uno de escasos doce años me dice, ¿qué pasó Juan?, ¿de la chamba?; no sé qué hacer, digo que sí, otro de unos diez dice: se llama Pedro, era compañero de mi carnal el Zaguiño; ambos me agarran de cada brazo y quieren jalarme.

Los demás se paran enfrente de mí, llevan sus botes de solvente, la mirada perdida y algunos tiemblan de frío.

—Saliste en junio de la secun, yo estaba en el primero A, me acuerdo de ti porque estabas en el equipo de básquet, bien acá, llegabas con tus playeras del número nueve.

Sólo se me ocurrió seguirles la corriente, a todo decía que sí.

—El Zaguiño nos habló mucho de ti, nel que, no jugabas en básquet, estabas en la banda de guerra, a poco no, mi chavo.

—Aguanten —dije y saqué las manos, entonces las pirañitas se alborotaron, bajaron sus bolsas de cemento, sus solventes y me rodearon.

—¡Cálmense, cabrones!, pus es mi cuáchara, mi bróder, nos echamos dos tres carrujazos en las canchas de la secun, ¿a poco no?, me dice el mayor y me da una fuerte palmada en la espalda.

Agacho la cabeza, todo está perdido.

—No te arrugues, mi cuaderno, ¿a poco no te acuerdas de tu cuate el Águila?

—Sí, ¡cómo no!, pero ya hace un rato

—Ya ven, ojetes, ai les va la verga.

—Me toma del brazo y me lleva caminando de frente, todos se abren, ya nadie dice nada, vuelven al cemento, al tiner.

Voy a su lado, caminamos unos veinte pasos, volteo a verlos, siguen ahí, parados, esperando, trato de sacar la mano; hacia adelante puedo correr, ya no me alcanzarían, mido los pasos, estoy a punto.

—No te hagas pendejo y saca la luz —me dice mientras me enseña una punta como desarmador, me viene agarrando del brazo y poco a poco acerca el fierro— con cuidado, si mis carnales se dan color, chiquita y no te la acabas.

Lentamente meto la mano a la bolsa derecha, tengo los doscientos que me prestó el Gordo y el cambio de la mañana, setenta y tantos, saco el cambio y se lo doy.

—Déjame para el camión de mañana, ¿no?

Guarda su picahielos, me da veinte pesos y guarda los cincuenta.

—¿No que no te llamabas Juan?

Sonríe ligeramente y regresa sus pasos, escucho cómo se van alejando, atrás, en la noche; casi cruzo Manuel Doblado, ya se ve Circunvalación.

No había más qué hacer, ya habíamos hecho los exámenes, sólo quedaba esperar, y nos dedicamos a lo que se debe, yo me conseguí una chamba en el departamento de mantenimiento del municipio, de esos que contratan eventuales, hacíamos de todo, pintar paredes, arreglar los jardines, barrer, reparar banquetas, y cualquier cosa que se le ocurriera al mandamás.

Una ocasión, por ejemplo, nos llevó a pintar una casa. Nosotros pintábamos las casas pero por fuera, no sé a quién se le ocurrió que al pintar de blanco con su guardafangos de color guinda, las calles se verían bonitas; pero esa vez nos llevaron a pintar una casa por dentro y por fuera, la pintamos de blanco, pero entonces sí usamos pintura vinílica, no como en las otras calles que se ponían cinco bultos de blanco de España por un bote de vinílica. Tardamos dos semanas en terminarla.

Por las tardes salía con mi bicicleta e iba a ver a Marco o a Pedro, pero ellos se habían salido desde mediodía, entonces volvía a los recorridos que regularmente hacíamos juntos, de pronto me quedaba contemplando el agua en los charcos, los canales o el lago; las noches me sorprendían de a solitario pensando.

¿Por qué tenía un promedio de siete cinco?, ¿por qué no tenía novia?, ¿por qué tenía que ir a trabajar mientras algunos de mis compañeros jugaban?, ¿por qué no éramos iguales?, ¿por qué siempre estábamos hasta el final?

Entonces me dije que no había muchos caminos, que los más fáciles estaban a la vista: el camello o la fajina, las madrizas en la calle, ganar poco, morirse de hambre. Ser chofer de un micro, un taxi o vender en el tianguis.

La otra es ir a la escuela, a la universidad, estudiar alguna ciencia, aunque siempre me habían gustado las artes; una ciencia tenía que ser, no había dinero para comprar pinturas, bastidores, emulsiones, marcos; pero si después de todo me aferrara, no tendría más que cuadros, y ¿qué se hace con ellos?

Nos reunimos con el Marco para comprar el periódico, él también había hecho su examen para entrar a Chapingo, de hecho uno de sus hermanos mayores nos había llevado porque nosotros no sabíamos dónde estaba, aunque nos imaginábamos.

Llegamos al puesto de periódico con nuestra ficha en las manos, compramos el *Excelsior* y buscamos en esas páginas inmensas; ahí estaban, preseleccionados para ingresar, a prepa y a prope; buscamos tres, cuatro veces, hasta cerciorarnos que nuestros números no estaban.

—¡Híjole!, canijo, —dijo el Marco— no estamos, ¿y ahora?

Nos sentamos en una banca del jardín, habíamos doblado ese mundo de papel y yo me frotaba las manos.

—Pero si estaba re´fácil, el examen no era la gran cosa.

No quería ir a mi casa, no quería decirle a mi madre que no estaba en la lista, que era un rechazado.

Empecé a pensar que después de todo era cierto, éramos unas macetas ancladas a la sal, nuestro futuro estaba sellado, pasaría el resto de mis días arreglando baches, barriendo las calles, pintando casas; yo, que alguna vez gané un concurso de cartel en la escuela, que mis dibujos eran expuestos desde la primaria; que había hecho dibujos a mis compañeros a mis amigos, me resistía a creer que me quedaría en el fondo.

Una profunda tristeza se apoderó de mí, no somos nada o somos los mismos que es igual; agaché la cabeza y no pude contener una lágrima, no quiero eso, no quiero vivir así, no quiero ser

el señor que toca la campana cuando recogen la basura, quiero ser otro.

El Marco dijo, chale, no te apures, todavía tenemos otra oportunidad; él, que había sacado de promedio nueve ocho, que sus padres eran maestros y sus hermanos mayores uno ya era médico.

Sí, le dije, el mundo es así, a cada uno nos da lo que merecemos; esa vez dimos vuelta en nuestras bicicletas hasta muy noche.

Poco a poco iban saliendo los resultados: Andrés, Tita, Carmina se quedaron en la Normal; Pedro y Barrera en la Voca; Limones y el Español en el Conalep; Rafas y Serafas en el Bacho.

Pero Armando, Julián, Margarita, Lucía, Angélica, Jonás, Enrique, y muchos otros, habían sido rechazados.

Entonces oímos la noticia, nos cayó como agua fría, Amanda, la del F, no se había quedado en la Normal, había llorado un poco cuando vio los resultados, estaba desanimada, no quería comer, se encerró dos días en su casa, no quería hablar con nadie; pero el tercero se levantó a mediodía, se bañó, se puso sus pantalones de mezclilla blanca, su blusa de colores, se maquilló; le habló por teléfono a sus amigas y les dijo que no lloraran por ella, después cerró puertas y ventanas y abrió todas las perillas del gas.

Cuando los vecinos olieron el gas pensaron que no había nadie, llamaron a los bomberos, pero tardan horas en cruzar por la Siete, cuando la encontraron tenía una carta en las manos: ¿por qué nos cortan el futuro de esta manera?

Guardamos silencio, fuimos al panteón, éramos muchos jóvenes; la vida es injusta me dije, poco a poco empecé a pensar que en nuestro barrio, la muerte era muy cercana, que con la menor provocación todo explotaba.

Sobre Circunvalación siempre pasan autos, la noche sigue su curso, pero hay movimiento, las putas se pasean contoneándose, hacia donde mires, a la hora que se te ocurra, pueden ser las seis de la mañana, las ocho, las diez, a toda hora van con sus minifaldas, mostrando sus chichis, a veces tan grandes como melones.

Hay para todos los gustos, flaquitas, chaparritas, gordas, robustas; caminas y encuentras seis, ocho, cada diez metros.

—¿No vas, corazón?

Dicen cada que pasas, si te detienes un momento, posan, cruzan las piernas, se dan la vuelta, se acarician los muslos, los senos, te cierran un ojo.

—¿No vas?

Siempre me han dado miedo las putas, me gusta verlas, son cachondas, pero nunca se me ha ocurrido ir con una; me acuerdo del Sotero, trabajaba en las cajas de la Meche, reparaban y vendían cientos de cajas de madera para empacar los jitomates, las mandarinas, las guayabas.

A sus once o doce, le ganó la calentura, tenía lana de su chamba, un día me dijo acompáñame a la farmacia, ¿no?, allá fuimos, pero cuando llegamos no quería entrar; no decía nada, allá en el barrio sólo había dos o tres farmacias; entonces susurró ¿puedes ver quién está atendiendo?; fui a ver, era don Chema.

Entonces me dijo, es que me metí con una puta y ahora tengo algo ahí; me saqué de onda muy gacho, en la secun nos habían mostrado imágenes de chancros, gonorrea y sífilis, y luego lo del sida.

Le dije que no había pedo, que tenía que ver a un doctor, dijo que no, que sólo iba a comprar algo en la farmacia; pues cómpralo, le dije, pero no quería entrar, entonces me pidió que yo comprara, y fui, pero don Chema me dijo que no me podía dar cualquier cosa, que necesitaba ver qué clase de infección era.

Regresé con Sotero y a fin de cuentas entró a la farmacia, don Chema lo revisó y le recetó como quince inyecciones.

Mamá, tengo frío; escuché la voz de un niño, estaba sentado en una entrada, tapándose con una cobija, a un lado una mujer le acarició la cabeza y le dijo: otro más y ya.

—¿No vas?, me dice, me estremezco y apuro el paso, cruzo Circunvalación y agarro San Antonio Tomatlán, si paso por Le-cumberri, ahí si me despluman.

Un día tocó a la puerta el Marco y me dijo, ¿ya llegó el cartero a tu casa?, no, le dije; a la mía ya, me dijo, trae los resultados de la Prepa; se me erizó la piel, un calambre bajó desde mi cabeza hasta el culo, empecé a temblar, ¿y?, le dije; nada, me regresaron mis papeles, contestó.

Son chingaderas, arrugué la cara y pateé el piso; vamos al correo, me dijo; en el fondo no quería ir, no quería ver mi sobre con mis papeles y la carta de rechazado; porque te regresan todo, tu acta de nacimiento, tu certificado, tu comprobante de domicilio.

Vamos de una vez me dijo el Marco, yo te acompaño, y fuimos, el correo estaba a punto de cerrar ese viernes, preguntamos con mi nombre y empezaron a buscar, paquetes y más paquetes de sobres, grandes y pequeños.

Entonces sacaron un sobre grande, tamaño carta, éste es el último; lo sabía, dije, maldita sea, lo tomé en mis manos y lo doblé, di media vuelta y caminé a la salida.

—¿No lo vas a abrir? —me dijo el Marco.

—No —le dije— es igual al tuyo.

—Sí, pero ábrelo.

—Está bien —le dije sin ganas.

Estaba a punto de abrirlo cuando vi que no era mi nombre, un aire tibio recorrió mi cuerpo, sentí en mi estómago como iba subiendo algo.

El cartero revisó otra vez y encontró un sobre pequeño, órale, chato, dijo el Marco, si te quedaste; el mundo fue otro desde ese instante, mi vida dejó de ser la misma.

No sabía qué decirle al Marco, que había sido rechazado, todos los exámenes habían pasado ya, no tenía otra opción; no se desanimó, a los seis meses entró al Bacho, luego hizo examen a la Prepa, fue unos meses y se regresó al Bacho.

Yo me inscribí y empecé a ir a clases por la mañana, un día entraron al salón cinco gandallas, a quitarnos lana; otro día, nos agarraron en un pasillo y nos empezaron a cortar el pelo, estábamos formados cuando llegó un maestro, sólo pelaron a dos.

Luego los agarraban afuera de la escuela, uno a uno iban llegando pelones, con sus cachuchas. A mí me agarraron a tres cuadras, cuando íbamos de salida con mis compañeros, los pelones.

Entonces no sabía si terminaría mis estudios, pero no importaba, había alcanzado un lugar, el destino de los jóvenes depende de eso.

Paso a un lado del Archivo General de la nación, sobre Héroe de Nacozari, Jesús García, el de la máquina quinientos uno la que corrió por Sonora; más allá la ciudad duerme, las calles están vacías.

Así es la noche, así es mi casa, esta chida ciudad de miércoles.

Me encojo de hombros y sigo caminando, mañana me tengo que levantar temprano.

No quiero morirme

Suena el despertador, son las cinco y media de la mañana, estiro la mano y lo apago, tengo clase a las siete, me digo; me levanto sin ganas, tengo los ojos cerrados, me estiro, bostezo y abro poco a poco los ojos, parece que tuviera arena en ellos; un tenue dolor en la cabeza y los pies me recuerda que caminé en la noche, desde el zócalo hasta mi chante, pasé por el aeropuerto, ya no había llegadas o salidas, al menos no escuché ese ruido ensordecedor.

Camino al baño, ayer olvidé prender el calentador, orino un líquido casi café, amarillo oscuro, con un olor penetrante; después me pongo una sudadera y un pants, salgo a prender el calentador, no quiero bañarme con agua fría, muevo la perilla roja que estaba en apagado a piloto, la apachurro y espero un minuto, acerco el encendedor, no quiere prender, espero un momento más, primero una llama tenue, después con fuerza, la suelto y se apaga; vuelvo a prenderla y me quedo un rato con el dedo apachurrando la perilla; luego la giro más, hasta donde dice encendido y una llama fuerte como un pequeño dragoncito se levanta dentro del calentador.

Me meto inmediatamente al baño, abro el grifo del agua caliente, debo esperar, pero no quiero llegar tarde, el agua empieza a tomar una tibieza apenas perceptible; cierro los ojos y dejo que fluya el agua, muevo el cuello y respiro profundo, ahora sí está empezando el día.

No conocí bien al maestro Vicky, bueno, Víctor, pero era inconfundible con sus camisas de color lila, su mochila de cuero y su bufanda de colores.

Ya tenía muchos años de maestro, daba química y era un erudito, sabía como no tienes idea. Se había especializado en las

propiedades medicinales de las plantas, durante mucho tiempo fue el número uno en varias de ellas como el ginseng o el ajo, y daba conferencias en todas partes, iba a congresos y seminarios con sus avances de investigación.

Lo conocí en un pasillo de la escuela, yo iba pasando distraído y sin más escuché la palabra verga, entonces di vuelta y busqué de dónde venían esas palabras que todos pronunciamos bajito cuando hay gente, ahí estaba él, con unos quince alumnos, les estaba explicando: sí, hombre, así la tenía, tomé la verga parada entre mis manos y se la pelé, entonces vi que tenía esa cosa blanca que parece requesón; yo les digo que no sean cochinos, que cuando se bañen se tienen que lavar bien eso, como la cara y el culo, no sólo es cuestión de olor, sino de higiene, de salud misma.

Entonces me uní al coro de risas y paré la oreja, según él ya habían pasado por sus brazos los más cotizados galanes, que con su pericia el placer estaba garantizado, que la completa satisfacción o les devolvemos su dinero —era una frase, porque nunca aceptó u ofreció dinero, todo fue por amor o placer—, que todos, sin excepción volvían, que quedaban encantados y anonadados.

Sostenía que aquellos quienes se ostentaban más machos siempre era porque querían esconder algo en el fondo, y que con unos *estate quieto*, siempre a floraba lo femenino o que con unos tragos, era común que dejaran traslucir la putería.

Me pareció un tipo buena onda, franco y sin sutilezas; quihúbole maestro, le decía cuando lo encontraba, aunque entre nosotros le decíamos la Vicky o la *Vikona*; en fin, pues, que siempre que se hacía la bolita con Vicky, me quedaba a oír sus aventuras que eran festejadas por tutifrutí.

Un día nos contó que en las fiestas de fin de curso, en esas como las quemadas de batas, del libro, del cuaderno, del manifiesto, del código o la jurisprudencia, la escuela se vestía de gala, los

egresados andaban como sendos chambelanes alrededor de las compañeras que se vestían como quinceañeras o de plano como Blancanieves; pues ahí, en esos jolgorios, cuando se iba haciendo de noche, cuando los grupos salseros, rumberos o norteños eran el corazón de la fiesta, él se buscaba un lugarcito al aire libre, allá por los jardines y le daba vuelo a la hilacha, que los alumnos estaban ahí formaditos esperando turno, que él en una noche había hecho felices a decenas.

Decía que eso era Sodoma y Gomorra, que el semen escurría de las escaleras, de las aulas y los cubículos; que el pasto amanecía cubierto de calzones, truzas, tangas, también las de hilo dental; brasieres, calcetas, corbatas y uno que otro condón sin usar, pero montones con premio.

Esas imágenes dantescas fueron mi tormento y semana a semana contaba en el calendario los días que faltaban para que llegara la tan anunciada quema; siempre me dije que por algo la Rosario, Cynthia y Consuelo, nunca me habían dado el sí, que de hecho no sólo me dijeron que no, sino: ¿qué te pasa pendejo?, ¿estás mal de la cabeza o qué?; pues bien, el destino había cuidado mi virginidad y la quema era el escenario propicio para dejarla por ahí, en alguno de esos lugares de la orgía en que se transformaba la fiesta con la oscuridad, claro, según las andanzas del buen Vicky.

Me puse el uniforme, bueno, no es precisamente el uniforme, pero casi, el pantalón de mezclilla, la playera con imagen de Marley o cualquier otro prócer y una chamarra; me tomé apenas el café soluble que hice de la llave del agua caliente que sale hirviendo. Al querer abrir la puerta, lo veo, tengo un letrero atrás de ella que dice: no se te vaya a olvidar otra vez el calentador; y voy a apagarlo, si no lo hago, los chorros brotan incesantes del tubo respiradero, al final una potente columna de vapor se puede ver desde el bordo; no sé en qué momento se apaga, pero puede tar-

dar horas, y aunque el tanque de gas me dura cinco meses, hay que ahorrar ¿no?

Llego caminando a la parada del pesero, ya son las seis y cinco, hago cuentas pero no creo que llegue a las siete; hay una cola larguísima, los micros salen repletos, las combis son directas, pero hay que formarse; me subo casi colgado al micro, que se va como de rayo sin importarle que algunos vayan en las puertas.

Pantitlán es terrible, las barras metálicas mantienen a un gusano interminable en su lugar, de pronto avanza unos doscientos metros, pero la fila está organizada en zig zag, tres, cuatro, cinco veces, vas y vienes sobre el pasillo; los policías dosifican el ingreso a los andenes: ¡aborde!, ¡aborde!, ¡aborde!, dicen cuando se llena el andén y el metro abre, poco a poco los pasajeros que se han apiñado junto a las puertas, se empujan y casi caen por alcanzar un lugar; los que no lo consiguen quieren esperar el otro, pero los policías no los dejan, tienen que irse en este tren.

Es la forma más rápida de llegar a cualquier parte, en esta ciudad de los palacios; sólo puedes ver tu rostro reflejado en las ventanas, sentir el olor o la respiración de quien va a tu lado, los cuerpos pegados son uno, atrás de ti; puede haber unos senos que se presionan con tu espalda, delante un hombro o una espalda y más abajo unas caderas.

El metro empieza a moverse de arriba hacia abajo, después de un lado a otro; la fricción de sus ruedas suenan como si se arrastraran unas varillas en el piso. Dos, tres minutos y llegamos a la otra estación; suben dos o tres personas, así hasta el Aeropuerto, hoy Boulevard puerto aéreo, aquí sí hay más, pero los vagones que ya casi estaban llenos, se compactan, si por casualidad dejaste la mano abajo, no podrás subirla, quedará aprisionada entre muslos y caderas que impiden moverla.

En San Lázaro esto es más cabrón, los pasajeros no quieren esperar otro metro, se empujan con fuerza para lograr un pedacito, los que están más atrás empiezan a empujarlos con las ma-

nos, algunos dan un paso hacia afuera y con el hombro tratan de compactar a los de adentro; suena el timbre y las puertas quieren cerrarse, una vez más se abren pero no se cierran, los pasajeros quieren irse colgados como en el camión o el pesero, pero el metro no se mueve con las puertas abiertas; entonces viene la respuesta de los que ya están adentro: dejen cerrar las puertas, esperen al otro; un policía se acerca y decide, a ojo de buen cubero puede pedir que alguien se baje, luego empuja con fuerza a los que quedan en la puerta que lentamente se cierra, una cara queda completamente planchada en el cristal.

Ríos de gente salen en Pino Suárez, otros más en Balderas, precisamente ahí, donde una ola de gente se la llevó, donde quedó embarrado mi corazón. Tránsito, poco a poco disminuye la presión, me recargo en la puerta y pienso si me bajo en Copilco y camino o me voy hasta la terminal y agarro el camioncito; cierro los ojos y quiero llegar pronto, faltan diez minutos para las siete.

El maestro Vicky vivía en una biblioteca, ya les dije que era casi un supersabio, aunque a veces le gustaba bromear con “yo creo que ya merezco ser emérito”, o ya merito; su departamento de soltero era un acorazado con libros, un cubil de escasos cinco por cinco. En su puerta tenía una advertencia: *¡cuidado!, usted está a punto de trasponer los linderos de lo posible, cuando salga de aquí, vivirá en una realidad aparte; y otro más pequeño que rezaba, los genios nunca somos ordenados o el universo de los genios tiene otro epicentro.*

No se veían los muros, los libros iban del suelo hasta el techo, en estantes o apilados, apoyados unos a otros; algunos poemitos, más bien nimios, contenían esencias o muestras vegetales, su escritorio atiborrado de libros abiertos o con separadores; el olor a café le daba un toque hogareño a ese mazacote libresco sin pies ni cabeza; los libros habían invadido su cama,

sólo se veía a medias un cobertor de Chiconcuac, de esos de lana.

No había forma de dar un paso sin atorarse y cualquier movimiento brusco podría tirar no uno sino tal vez cientos de libros, con un codazo, por ejemplo; por eso todos se extrañaron cuando Vicky fue golpeado con un martillo, su cabeza rebotó contra un pilar de libros y la sangre dispersa dejó una huella difusa; pero nadie en el edificio oyó nada, ni un quejido ni un murmullo, aunque sólo escuchaba radio UNAM y Opus 99, a un volumen casi inaudible, nadie se imaginó cómo fue que una persona subió las escaleras, abrió su puerta, golpeó con saña y se fue como Pedro por su casa.

En realidad sólo se desmayó, recobró el conocimiento en la madrugada, él mismo se puso una toalla húmeda en la cabeza y salió caminando, llegó hasta la entrada y pidió ayuda a los vigilantes. Una ambulancia lo trasladó al hospital, se tomaron radiografías y le cortaron el pelo para asestarle las veinte puntadas que fueron necesarias para cerrar la herida; a los veinte días llegó a dar su clase, lo vi con sus vendajes y unos lentes oscuros.

Poco a poco se fue recuperando, al menos eso creí al verlo otra vez en un pasillo rodeado de estudiantes, contándoles esas historias donde el sexo era una explosión alucinante.

Pero poco le duró el gusto, a él y a los escuchas que siempre estaban atentos en cualquier alto en su camino a clase, a la biblioteca o al auditorio; a los tres meses fue agredido de nueva cuenta en su cubil, alguien había llegado con una navaja y lo había herido seriamente, esta vez lo dejaron tirado pensando que estaba muerto; pero ahora un vecino dio la alarma al ver su puerta entreabierta a altas horas de la noche; lo llevaron al hospital y estuvo un par de meses internado antes de ver la luz por su propio pie.

Ahí surgieron los rumores, cada quien le ponía de su cosecha, que si era una agresión pasional, que alguien con quien ja-

más había dado su bracito a torcer, que si otro más a quien había delatado por un desliz en esas charlas calientes de pasillo, que si tenía sida, que si por eso había concentrado sus investigaciones en plantas medicinales, que si ya estaba a punto de encontrar el remedio para el mal del siglo XX y que el siglo XXI estaría libre del flagelo...

Pero la verdad nunca se supo.

Me parece verlo afuera del auditorio con la señora de las popusas. Esas gorditas de origen salvadoreño. Desayunando, acompañado de su madre; con su inseparable camisa lila, su bufanda y, ahora, un gorrito de colores. Presenciar como doña Toñita lo despedía con unos ojos de “pobre hombre”, y dirigir sus pasos lentamente a su viejísimo laboratorio en el ala oeste del edificio uno.

Nunca más lo vi en las charlas de pasillo, nunca más el semen escurrió por esas paredes frías, afuera de los laboratorios; nunca más, hay que decirlo, está muy cabrón, nunca más.

Otro día, en las popusas, le comentaba a Toñita que le había pedido a su madre que se regresara a Huatusco, que ya no lo podía cuidar como a un niño, que después de tanto no había mucho qué hacer, que todo estaba dicho.

Pero uno nunca espera lo peor para ciertas cosas, sigues pensando que la luna es de queso, y es que no te la crees, no sabes cómo.

Salgo en Copilco a las siete y cuarto, camino hacia el interior de la universidad, aún están cerradas las imprentas, ahí donde hacen tesis en cuarenta y ocho horas, una puerta peatonal es el ingreso a las instalaciones, han pasado ocho minutos, a unos pasos de la entrada están las bicicletas, ya quedan pocas, saco mi credencial y la cruzan por las barras, alumno regular, sale en la pantalla, debe un libro desde hace tres semanas; no me pueden

prestar la bicicleta; otros llegan tras de mí y se van con sus bicicletas, llegando a sus aulas tendrán que entregarlas, el código de barras quedará libre; yo tengo que caminar.

Cruzo por Odontología y agarro un pasillo hacia el sur, las tumbas siguen igual, esa explanada inmensa con cuadros de piedra volcánica, al fondo la rectoría, a la derecha la biblioteca, con su mural que le da vuelta, más allá se alcanza a ver el estadio olímpico.

Respiro profundamente y me estremezco, vamos caminando a las aulas, el futuro recorre los pasillos, se abraza a sí mismo, se da un beso, se recibe con una sonrisa, es el calor, la ternura, la juventud, la energía.

Aquí estamos, somos nosotros que llegamos en camión, en metro, somos la semilla de nuestros padres, nuestros abuelos, los que ya no están, venimos de muy lejos, de la montaña, el bosque, el mar, la selva.

Quiero un lugar, ser alguien, quiero dejar de ser esta promesa que encarna los sueños de mis padres, de nuestra tierra, de lo que fuimos.

Algo hay aquí, me digo y sigo caminando.

Se me heló la sangre cuando sus compañeros relataron uno a uno cómo el Vicky se había despedido de ellos, que sin ser muy efusivo, sus últimas palabras fueron amorosas, de admiración y respeto; como se despidió del director, de los subdirectores, de las secretarías; como se fue apagando a mediodía con el sol en lo alto.

En su laboratorio tenía uno de esos pomitos, lo había llenado de cianuro. ¿De dónde sale la fuerza para bajarte el *switch*?, ¿cómo es que un día decides que ya no quieres ver más el sol?,

¿qué debe pasar para que un día te quiebres y te hundas para no levantarte más?

Yo, curado de la vida, pareció decir mientras ingería el líquido oscuro; un calor abrasivo inició desde la lengua, sintió como fue rompiendo todo a su paso, hasta el estómago; se dobló sobre sí mismo, cayó al piso, un último rayo de vida llegó a sus ojos, se agarró de la barra del laboratorio, se fue incorporando, abrió la puerta y salió al pasillo, el mismo de sus charlas grandilocuentes, ahora estaba vacío, a mediodía. sin un alma al paso; el dolor intenso lo doblaba, sentía una pulsación creciente que quería cubrir todo su cuerpo; caminó los seis metros hasta la salida, tambaleándose; ahí lo encontraron un compañero y el director que iba de salida.

Quedaron sin respiración, no sabían qué estaba pasando, no daban crédito a sus ojos y se preguntaban, ¿cómo?, ¿dentro de la escuela?; unos minutos de desconcierto, llamar a los vigilantes, a la Cruz Roja... decidieron llevarlo ellos mismo a la clínica.

No quiero morirme, dijo mientras apretaba el brazo de su compañero, que era el último momento y quiso aferrarse a la vida.

Cuando llegaron a la clínica, iba perdiendo el movimiento de sus brazos, lo subieron a una camilla, le pusieron unas agujas con una bolsa y le hicieron tragar un líquido blancuzco para lavarle en estómago; sin embargo, no se podía hacer nada desde ahí, minutos después lo subieron a una ambulancia, la sirena empezó a sonar con fuerza, con ese sonido conmovedor.

En los cruceros los autos se detenían al paso de la ambulancia, uno a uno se hacían a un lado; él iba en la camilla con el suero en el brazo izquierdo, sujetado de los pies, la cintura y el pecho, su cabeza estaba rodeada con unas esponjas duras, abrió los ojos y vio el techo blanco, ya no sentía el dolor tan intenso, de hecho le recorría algo fresco en el estómago, quizá un tanto frío.

Pasó el brazo derecho por la frente y se limpió el sudor, recordó que faltaban tres semanas para el congreso en Berkeley. Un año antes había llegado con su *lap top* y su cañón, la exposición había sido un éxito, este año lo habían invitado como ponente magistral; ya tenía todo listo: los registros genéticos, los diagramas de flujo, la maduración de las sustancias, un clip virtual del proceso del elemento activo en las células.

El año pasado había compartido exposición con la doctora Jessica, de Brasil, estaba trabajando sobre lo mismo, pero con una tuberosa, una florecita blanca que crece en el corazón del Amazonas; le había dicho en el descanso que la selva es como el universo, parece infinita, permanente, siempre la misma; pero en verdad es diferente, cada instante es otra, su movimiento es vertiginoso; se preguntaba si lo recordaría, cuando compararon las crestas activas de sus resultados y casi eran semejantes, se dieron un gran abrazo y dijeron no puede ser, nuestras plantas son diferentes.

Luego pensó en sus alumnos, ya tenía los segundos exámenes parciales, iba a revisar los trabajos y a preparar el tercer examen. Mañana a primera hora voy a revisar los trabajos, dijo, cerró los ojos y suspiró; se fue contrayendo, compactando, así se va la vida; los últimos aullidos de la ambulancia se perdieron sobre Zaragoza.

Con el paso del tiempo he caído en la cuenta de que sus historias eran apócrifas, que esas escenas que nos mostraba en los pasillos con muros altos y estremecedores, sólo eran las que nuestros ojos querían ver; que las palabras que salían de su boca eran como un canto para nuestros oídos, que, después de todo, vivimos de las fantasías de los otros.

Llego, veo los muros azules, subo las escaleras, son las siete cuarenta y nueve, la puerta está abierta, me asomo y algunos compañeros están en sus lugares, terminando algún apunte,

dando las últimas pinceladas a una tarea que irán a transcribir a la sala de cómputo.

Entro y se hace un silencio, estoy ahí parado, con mi libreta de forma francesa donde anoto todo, voltean a verme; Juan Manuel se levanta y dice: miren quién está aquí, ¡qué hongo, cabrón!, pensamos que te habías vuelto taxista o conductor pe-cer-do.

Me acerco y los saludo, uno a uno, de mano; a Belem y Esther les doy un beso en la mejilla. ¿Dónde andabas?, te ves diferente, me dicen.

Sólo fui a dar una vuelta, a la tierra de mis padres, pero he vuelto.

La clase empieza a las ocho, la de mañana sí es a las siete, me dice Belem, en su voz, en su sonrisa, en sus ojos, no sé en qué parte de ella, me parece ver un bienvenido; la vida está aquí, me digo, en estas aulas, en estos pasillos, en estos jardines.

Poco a poco se va llenando el salón, el maestro llega cinco minutos después de la hora, saluda con su: buenos días jóvenes, vamos a continuar.

Se me queda viendo y pregunta que cómo me llamo, que si soy del grupo, los demás dicen que sí: entonces, ¿por qué no ha venido a la clase?, le digo que tuve problemas familiares.

No dice más, empieza a hablar de los griegos, del banquete, de Platón; volteo a la ventana, el cielo no es tan gris como otros días.

La última y nos vamos

Terminamos a la una, tres clases por día, con unos minutos para comprar algo, un atole, un café, una torta, unos tacos: cualquier cosa.

Nos despedimos, tengo que reorganizar todo: copiar apuntes, entregar el libro en la biblioteca, hacer trabajos. En esas estoy cuando se acerca Belem, con sus trenzas diminutas que se hizo en la playa de Huatulco, sus ojos dulces como la miel, su sonrisa, su blusa de colores, su falda larga, sus botas cafés.

—Mañana vamos a ir a Bellas Artes, con Esther y los demás, van a presentar un disco a las siete, ¿quieres ir?

Me pierdo en sus ojos, ¿dónde estabas que no te había visto?, ¿dónde he estado toda mi puta vida?

—Sí, por supuesto, ¿a qué hora?

—A las siete, bueno, empieza a las siete, nos vamos a ver media hora antes, a un lado de la cara de Beethoven.

—Sale, ahí nos vemos.

Salimos del salón, ellos van a la biblioteca, tengo sueño, mis ojos empiezan a ponerse pesados, un café y los alcanzo.

Cuando llego están revisando libros, hay que hacer un ensayo, van a sacar fotocopias, pido un juego para mí.

Afuera caminamos sobre las tumbas, me preguntan que a dónde fui, que me desaparecí como si nada, que iban a ser tres semanas, que desde el puente de fiestas patrias.

Nos sentamos en el pasto y les empiezo a contar de mi bisabuelo, que tenía ciento seis años; me dicen que a mí me faltan más de ochenta, todos ríen, pero escuchan atentos.

Nos despedimos al filo de las dos y media, unos se van a Insurgentes, yo pensaba irme caminando a Copilco, pero me voy con Belem y Esther, que esperan el camión, nos llevará al metro.

Me preguntan más cosas, de si mi abuelo vivía solo a esa edad, entonces les digo que no es mi abuelo, que es mi bisabuelo y que yo también vivo solo, que mi bisa tenía una sobrina que le daba de comer; pero ellas insisten, no pueden creer que alguien a esa edad pueda vivir solo en una casa; les digo que la vida es así, que a veces no tenemos otra... y así vamos pasando las estaciones.

Me bajo en Balderas, ellas van derecho, hasta Tlatelolco.

Es mediodía y tengo hambre, un calor insoportable inunda los vagones, alcanzo un lugar y me quedo dormido.

Voy caminando otra vez por el bosque, subiendo una montaña que no tiene fin, el calor es intenso, de vez en cuando llega una ventisca, pero es caliente, prefiero que no se mueva; el sudor se ha apoderado de mí, escurre de mi cara, sigo dando pasos, de pronto me detengo, alzo la cara y trato de ver la cima, no hay forma, no se ve nada; entonces me pregunto para qué estoy subiendo, a dónde voy, ¿tiene algún sentido todo esto?

Joven, joven, ya llegamos, abro los ojos, veo a una señora con unas bolsas blancas, bajo del vagón en Pantitlán, siento el aire fresco, respiro profundamente.

Me voy al andén siete, ahí sale mi pesero, ya tengo hambre, debí comer algo en el camino.

El pesero se va poco a poco, él no tiene prisa, no a esta hora, vamos con las caras largas, con el fastidio en los ojos. Llegamos y el sol sigue golpeando, camino a mi casa, tengo sed y me compro un *Boing*, cuando entro lo mezclo con agua, dos partes por una, me estiro y me siento.

Después pongo en un sartén un poco de aceite, le prendo fuego, me comeré unas papas fritas, las parto. Mientras se doran pico cebolla, jitomates y chile; por ahí tengo una lata de frijoles refritos, busco la fecha de caducidad; todo listo, pero no hay tortillas, pienso en ir a la tienda porque la tortillería está cerrada, pero prefiero comer así.

Entonces recuerdo a mi madre, otra vez está en esta cocina, me ha dado de comer, estamos solos, mis hermanos hace años que se fueron para el norte; nos sentamos a la mesa, de pronto se le nubla la vista, tiene mucha sed, mucho calor; le digo que se acueste un momento, no quiere, ya se me pasará, dice, pero no pasa, la llevo a su cama, en el otro cuarto, se sienta, se acuesta, le digo que voy por un médico, ella dice que no, que ya se le pasará, cierra los ojos y no vuelve a abrirlos.

El forense dice que le subió la presión, que la mayoría no despierta, que en caso de hacerlo pueden perder la vista o el movimiento o la audición, su cerebro no se recupera; pero mi madre no despertó, se fue para siempre.

Había algunos ahorros, casi mínimos, los primos y mis hermanos me mandaron del norte, poca gente vino, incluso algunos vecinos, compañeros de la primaria, de la secundaria, amigos de juego, no vinieron; no sabía qué hacer, ¿acaso uno tiene que invitarlos?; algo aflora aquí dentro, el rencor, la ira, no es la forma de encontrarse solo.

Una tía se hizo cargo, llegó desde Iztapalapa, puso el café, hizo la cena, el desayuno.

Otra tía vino de Tláhuac con su marido, ellos arreglaron lo del panteón, hicieron el papeleo.

Ni siquiera sentía el llanto, no comprendía bien a bien lo que sucedía, pero pasaron los días, las semanas y era cierto, mi madre ya no estaba, ya no está.

Termino de comer y me acuesto, duermo un rato, tengo que ir a trabajar por la noche, hoy llega más gente, me duermo una hora exacta, me levanto a limpiar un poco, voy poniendo en su lugar las botellas, los libros, los zapatos; lavo todos los trastes, limpio la mesa, los estantes, el refri; barro el piso, al final paso una vieja jerga con agua. Tengo que lavar los vidrios, me digo, y pintar las paredes, entonces empiezo a ver qué más hace falta.

Reviso mi horario, en junio me dieron mi pase automático, este primer semestre en la uni ha sido mortal; hace seis meses le dije a mi madre que ya iba a salir de la prepa, ella se puso contenta, le dije que ya iba a entrar a la universidad, se puso a llorar; pero en agosto, cuando llegué con mi credencial nueva, me puse a llorar solo; la acariciaba con los dedos y las lágrimas caían.

Entonces sí me sentí huérfano, a la deriva, como las hojas que caen de los árboles.

Mi madre se limpiaría los ojos y diría: ay, mi'jo, felicidades, y me daría un fuerte abrazo.

Seco mis ojos y me pongo a ordenar todo, hago un calendario de trabajos y exámenes; a mi madre no le gusta que repruebe, pero si ocurre, no dice nada; tareas, trabajos, ensayos; todo está programado; acomodo los libros por trabajo; empiezo a leer, voy subrayando, afuera el calor no quiere irse.

Llego a la Bohème temprano, tres horas de trabajo escolar son suficientes, limpio las mesas. Le digo al Gordo que fui a clases por la mañana.

—No te creo —me dice— pero está bien.

—Mañana voy a llegar tarde, voy con mis compañeros a una presentación.

—¿De un libro?

—No, de un disco.

—¿Una tocada?, ¿te vas a un toquín?

—No, es en Bellas Artes, un cuarteto de cuerdas.

—¡Uh!, que te sea leve —organiza sus cosas y se despide.

Tengo un libro sobre la barra, me pongo a leer, suspendo la lectura cuando se prende la rockola, empieza una de los Temerarios.

La noche se consume poco a poco, cierro a las once y media, me dirijo al metro, ¿dónde estará Martiniano?, me pregunto, acaso ¿sí era él?

—Sí —me contesta una voz tras de mí.

Volteo y ya va caminando conmigo.

—¿Cuándo te vas a ir? —le digo, empieza a reír, subimos al metro, voy a mi casa.

—¿Cuándo te vas a ir tú? —me pregunta.

No hago caso y le pregunto:

—¿Qué haces aquí?

—Ésta también es mi casa —me dice cuando salimos de Pan-titlán.

—Yo voy al andén siete —le digo.

—Por hoy me iré a La Paz.

Dice y se pierde entre la gente, me quedo parado, me rasco la cabeza, ¿de qué se trata todo esto?

Me levanto temprano, cuando salgo de la casa reviso el buzón, tengo el recibo de la luz, del agua, pero también una orden de pago, mis hermanos han enviado dinero, ochocientos dólares, con esto me alcanza hasta que acabe el año, Abel y Adelina insisten en que me vaya al norte, a Chicago, donde están ellos, que qué hago aquí, que no hay nada, que no tenemos futuro; pero no he querido irme, a dónde vas que más valgas, si de todos modos José te llamas; les escribo que voy a la escuela, que quiero ser alguien; dicen que no saben por cuánto tiempo más podrán hacer los envíos, les digo que no se preocupen, que Dios proveerá.

Llego al salón cinco minutos después de las siete, entra el maestro y empieza la clase, otros seis minutos Belem pide permiso para entrar; entre clases nos organizamos, le invito a ella y a Esther un jugo, compran quesadillas; todos tenemos cosas que arreglar, nos vamos a la una; la cita es a las seis y media en el extremo oriente de la Alameda.

Nos vamos al metro y les pregunto por las clases a las que he faltado, los temas que han visto, me empiezan a contar y me ofrecen dos cuadernos, tomo uno, el otro me lo llevo el lunes.

De Balderas a Pantitlán, de ahí un pesero a la Sor Juana, voy a *Elektra* a cobrar el dinero; me regreso a la casa; entro y recuerdo que hay que lavar los vidrios, mañana a primera hora, me digo, saco una sopa instantánea, pongo a hervir el agua; veo otra vez los vidrios y pienso: “si me han de matar mañana, que me maten de una vez”, voy por la cubeta con agua, el zacate y el jabón, los dejo como nuevos.

Me doy otro baño y me percato que sólo tengo mezclilla, azul, negra, café; sería bueno algún pantalón de gabardina y

camisas; tomo nota en mi *palm* imaginaria; organizo los apuntes, trabajo hasta las cinco y media.

Ahí vamos, otra vez al gusano de tierra, ese tren que nos lleva a todos lados, no podemos viajar sin metro, por un momento me pregunto qué camiones tomaría para llegar a la Alameda, no sé, tal vez cuatro; pero el metro va a todos lados, a todos los rincones de la ciudad; bueno, casi.

Transbordo en Balderas y me bajo en Hidalgo, pensé que podría hacerlo en Salto del Agua y llegar hasta San Juan de Letrán, pero me gusta más llegar por Hidalgo, cruzar la Alameda completa, ver a las parejas comiéndose a besos, los niños jugando, corriendo o mojándose en las fuentes; es una romería con los vendedores; a veces te encuentras a los *hermanos*: “Arrepiéntete, son los últimos días”; a los mimos, los que hacen pinturas con spray; malabaristas, domadores y payasos; estos árboles centenarios tienen su magia, por el pasillo central, poco a poco dejan ver el palacio de Bellas Artes; sí, ya sé que fue traído pieza por pieza del viejo mundo, pero es nuestro, sus cúpulas, sus balcones de mármol, sus columnas, sus vitrales, toda esa majestuosidad.

Aquí vine un domingo, cuando iba en la secun a hacer un reporte de los Murales, ahí están Rivera, Orozco, Siqueiros, monumentales, coloridos, vi que mi rostro estaba pintado en los muros.

Llego a la carita, a este obsequio de Alemania, un puesto de libros se extiende sobre las bancas, Belem está viendo los libros, me acerco lentamente por su espalda y le tapo los ojos, ella me agarra las manos, las recorre con los dedos; no eres Esther, me dice, ríe, guardo silencio, tampoco eres Juan Manuel, ah, eres José; la suelto y reímos, la abrazo y le doy un beso en la mejilla y vuelvo a preguntarme ¿dónde has estado todo este tiempo?

Faltan quince minutos para las siete, llegan Esther, Juan Manuel, Alma, Álvaro, Patricia y Ronaldo; cruzamos la calle y en-

tramos a Bellas Artes, el piso, la escalera, los muros: todo es de mármol; subimos las escaleras centrales, la sala Manuel M. Ponce está al oriente, entramos y ocupamos los lugares de atrás, me gusta ver desde arriba, está dispuesto el presidium, más adelante las sillas y los instrumentos en sus atriles, es el cuarteto Carlos Chávez, entran los músicos, afinan unos minutos, de pronto cierran las puertas y empiezan los acordes, son piezas de Higinio Ruvalcaba, la música estremece el espíritu; poco a poco las cuerdas penetran por los poros, se eriza la piel.

En la presentación leen un poema de Eusebio, hijo del músico, al padre que se ha quedado en los recuerdos, a la roca donde tenemos puestos los pies, una lágrima brota de mis ojos.

Termina la música y salimos, la noche es de todos, estamos en la explanada, este viernes es temprano; ¿qué sigue?, dice Esther, vamos a tomar algo dice Ronaldo, todos asienten ¿a dónde?; mi padre habló alguna vez de un lugar que se llama la Ópera, a unas cuadras de aquí, si quieren vamos, dice Ronaldo; ¿la Ópera?, todos reímos, pero vamos.

Entramos a la Ópera, es realmente hermosa, los muros y los techos con un estilo barroco, churrigueresco o algo así, con los bordes pintados de color dorado, pedimos una mesa para ocho, nos dan la de la esquina, unos sillones corridos; nos acomodamos pegaditos, llega el mesero a pedirnos la orden, cerveza para todos, yo pido mi *Victoria* fría.

Ha de ser muy caro, dice Esther; no sólo es importante lo que tomes, dice Ronaldo, sino dónde lo tomes, todo se armoniza, todos reímos, así empieza la noche.

Llega el mesero y pone las cervezas: servido, señor, me dice, volteo a verlo, una sonrisa se dibuja en mi rostro, es él, Martiniano está aquí enfrente, con su cara alegre y guiñando un ojo; así es la vida, dice y se va.

Hablamos de la escuela, de los maestros, del trabajo, de un ensayo que entregaremos la semana que viene, del examen.

Después empezamos a hablar de nosotros, de lo que queremos hacer, de lo que nos gusta, de quién te gusta, de qué es lo que te gusta más de ellas, de ellos.

Que tenga un buen corazón, dice Esther; sí, que sea noble, dice Belem; que tenga un corazón de oro, dice Álvaro.

Luego jugamos disparejos, primero por grupos de tres, luego quien quede al final contará su primera vez, todos reímos; Alma cuenta sobre el primer novio que tuvo, fue en la secun, todos sabían que le quería llegar, se le quedaba viendo con esos ojitos a medio morir; ella esperaba y esperaba, pero que él no le decía nada, pasaban los días y las semanas, y entonces le entregó una carta: “yo necesito decirte que te adoro, decirte que te quiero con todo el corazón”... que desde entonces quedó enamorada de Manuel Acuña.

Esther habla de su primer beso, también en la secun, al salir de la escuela, con el chico que le gustaba, que un día ella le dijo que si no la acompañaba a su casa, él no quería o no se lo esperaba, pero fue, que unas calles antes de llegar a su casa le dijo que tenía una basura en un ojo, que si no le veía, se pararon frente a frente y el empezó a buscar, no veo nada, le dijo, pero no terminó, Esther ya lo estaba besando, se puso rojo, rojo, no sabía qué hacer, se fue, ella atrás diciéndole que era una broma, pero no volvió a acercársele.

Reímos y pienso en mi primera vez, no sé cuál de ellas, después de todo, en el fondo no importa, estoy con ellos, mis amigos, mis hermanos, que en medio de la noche buscan algo; que tienen quebrado el corazón pero no lo dicen, que ríen, que lloran, pero estamos juntos, entre nosotros sabemos ¿qué nos pasa?, ¿qué queremos?, ¿a dónde vamos?

Pienso en la familia que he perdido, pero también en estos nuevos lazos que se están trenzando, fuertes serán, me digo, reímos.

Salimos a las once, nos encaminamos al metro Bellas Artes, a un lado del palacio; nos abrazamos, reímos, nos despedimos con besos, Belem me besa casi en la boca, ¿cuánto me debía el destino que contigo me pagó?, pienso y soy feliz.

Me voy a Pino Suárez, y de ahí hasta el Boulevard Puerto Aéreo, llego al cuarto para las doce.

—Como la cenicienta —me dice el Gordo, ríe.

—Sí —le digo.

Cerramos a las dos y media, volteo a ver si se aparece Martiniano, no hay nadie, me pregunto si en verdad existe, si es el ángel de la muerte o el cancerbero de otro siglo que nos espera.

Tomamos un taxi para que nos lleve a Neza, el chofer se hace del rogar.

—Por allá matan —dice y reímos.

—No te creas —dice el Gordo— ahora vendemos tragos o manejamos taxis.

Me bajo en Chimalhuacán y Cuauhtémoc, el Gordo vive en Agua azul, camino en la noche, esta es mi casa, me digo, y no pienso cambiarla. Refresca un poco, me ajusto la chamarra y apuro el paso, mañana será otro día, pero nosotros seguiremos siendo los mismos.

—Sin duda —dice Martiniano que camina junto a mí.

—Sabía que estabas ahí, en alguna parte, lo sabía, lo sabía.

—Tú, no sabes nada, pero aprenderás, de eso estoy seguro.

Reímos y le digo que ya estuvo, que fue suficiente, que tiene que irse, que debe dejarme solo, que estoy creciendo.

Entonces me dice que la vida es corta, que él puede esperar, que ha esperado siempre.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, empiezo a temblar, pero sigo caminando en esta calle desierta donde, ahora los sé, camino solo.

El Tavayuco
estuvo a cargo de Molino de Letras
y se imprimió en el mes de febrero de 2010 en
Transpatex, S.A. de C.V., Calle 2 de Marxo núm. 307,
Col. San Juan de Dios, Texcoco, Estado de México,
con un tiraje de 1000 ejemplares.